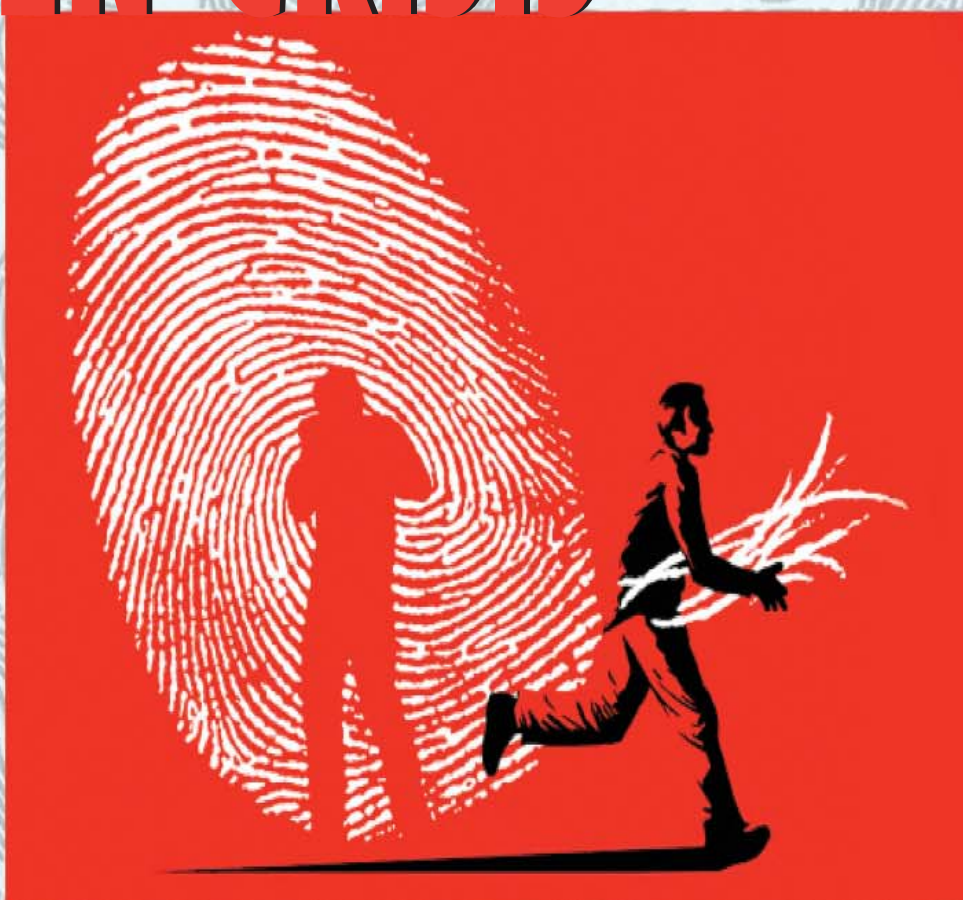


LA POLÍTICA EN CRISIS



¿De qué hablamos cuando hablamos de «crisis de la política»?

Cuando en las reuniones preparatorias del primer número de Galde hablábamos del tema del dossier, la crisis económica y la crisis política aparecían como un gran tema, con innumerables ramificaciones y conexiones. Ciertamente pueden verse como dos dimensiones específicas de una crisis que, al

menos desde una perspectiva progresista y solidaria, es en el fondo la crisis del binomio capitalismo-democracia. La necesidad de un análisis en profundidad de los diversos temas implicados y el interés de poder contar con voces diversas que reflexionaran y opinaran sobre los mismos, implicaba ya conceder un ...

- espacio notable a cada problema por separado. Pensamos que el balance relativo al primer dossier es plenamente satisfactorio y esperamos haber conseguido un resultado similar con este segundo.

En cierta medida, nos proponíamos hablar ahora en torno a tres grandes bloques de problemas. En primer lugar, sobre la crisis de la política entendida como crisis de la polis, esto es una crisis básica de la democracia en cuanto sistema de participación activa. Una crisis particularmente aguda en el caso español, donde el sistema político presenta unas anomalías particulares, como la corrupción o un sistema de partidos políticos altamente burocratizado e incontrolado, pero una crisis en última instancia patente en todo Occidente. Es evidente que superada la euforia revolucionaria de los años 60 y 70, que aspiraba a superar la democracia con otro tipo de alternativas radicales en el fondo bastante cuestionables a la vista de las experiencias históricas, hoy se coincide más o menos universalmente en un horizonte reformista, de mayor o menos radicalidad, pero que no cuestiona el entramado democrático básico. ¿Pero es la democracia un ideal que en realidad nunca ha llegado a realizarse o hay esperanza de poder plasmar ese ideal en algún momento y lugar?

En segundo lugar, queríamos abordar los elementos estructurales que dificultan una transformación (o regeneración) profunda del sistema político y su posible reforma y, más en concreto, el problema de los partidos políticos. ¿Son la solución o son el problema?, ¿es inevitable la clase política en los sistemas parlamentarios institucionalizados, en sociedades complejas y grandes?, ¿asistimos al agotamiento de un determinado modelo político-institucional: partidos, sindicatos, ONGs, etc.?

En tercer lugar, resultaba obligado abordar el fenómeno de los nuevos movimientos y plataformas sociales de protesta, que han certificado, sin posibilidad de velos ni disimulos, el desprestigio de una política y unos políticos crecientemente alejados de la sociedad civil. Un fenómeno reciente, síntoma de irritación y desafección, pero también de compromiso y participación activa, que está marcando la actualidad política y social en los últimos años. Es posible que este fenómeno, con sus limitaciones y ambigüedades, ayude a conformar unas alternativas, una recuperación de la acción política que, forzosamente, ya no podrá limitarse al sistema institucional tradicional.

Para hablar de todos estos temas hemos pedido su opinión a una serie de personas, del mundo académico y político, que han respondido, en nuestra opinión de forma magnífica, dando lugar a un dossier que si, como es lógico, no agota el tema, sí contribuye a profundizar en todos una serie de problemas de inexcusable actualidad. A todos ellos, a todas ellas (I. Zubero, D. Innerarity, A. Fernández Savater, V. Urrutia, S. Forti, B. Altuna, O. Rodríguez Vaz, M. Rubio, F. Ovejero, P. Ibarra. E. Del Río) nuestro agradecimiento en nombre de Galde. **A.D.**

Crisis del partido-empresa

Crisis de la política-gestión

Crisis de la democracia-representación

Crisis de la ciudadanía crítica

No es cuestión de creencia o de opinión. Tenemos suficientes indicadores objetivos de que la política se encuentra en una situación de crisis profunda. Esta crisis se expresa, por un lado, en la creciente desafección ciudadana hacia la política institucional. Pero también en la cada vez más evidente, y probada, transformación de las principales organizaciones políticas en empresas electorales.

Crisis del partido-empresa. La crisis de la política es, fundamentalmente, la crisis de los partidos políticos. Los partidos son, de derecho pero también de hecho, los principales instrumentos para la organización y la gestión de la política democrática. Sin embargo, con el paso del tiempo se han convertido, como señala Luigi Ferrajoli, en grupos de poder privados cada vez más alejados de sus bases sociales. De esta manera han acabado por ocupar literalmente las instituciones representativas hasta identificarse con ellas, convirtiéndose en «instituciones parapúblicas que, de hecho, gestionan de manera informal la distribución y el ejercicio de las funciones públicas». Como consecuencia, en opinión del jurista florentino, los partidos no pueden ser ya considerados como «organizaciones de la sociedad, sino sustancialmente órganos del Estado articulados según la férrea ley de las oligarquías».

tormenta perfecta?



El bipartidismo en crisis. En España, no así en Euskadi, esta crisis de los partidos se expresa en los últimos meses como un resquebrajamiento del bipartidismo de hecho que ha caracterizado las elecciones generales, en las que la distribución de los porcentajes de votos válidos ha sido, en promedio, del 75/25: 75% de los votos repartidos entre PP y PSOE y 25 % entre el resto de partidos con representación parlamentaria. Pues bien, en su barómetro de febrero el Centro de Investigaciones Sociológicas advertía la disminución del porcentaje de voto de los dos grandes partidos estatales que ven cómo, tras tres décadas de alternancia en el poder, sufren la desafección del electorado. Según el CIS, la expectativa de voto del PP sería del 35%, nueve puntos menos que en las elecciones de 2011, quedándose el PSOE en el 30,2%. Mientras tanto, partidos como IU o UPyD verían aumentar significativamente su intención de voto.

Por su parte, Metroscopia detectaba en abril un descalabro aún mayor de los dos grandes partidos estatales en un escenario electoral que se encaminaría hacia una distribución del voto 50/30/20: el 50% correspondería a la suma de votos logrados por PP y PSOE, el 30% a la suma de IU y UPyD y el 20% restante a los partidos nacionalistas y regionalistas. Si se celebrasen ahora unos comicios generales el PP obtendría un 24,5% de los votos y el PSOE un 23%, en ambos casos su peor resultado histórico. Por el contrario tanto IU (que podría duplicar su resultado de 2011) como

UPyD (que podría triplicarlo) se verían beneficiadas

electoralmente del fuerte descenso de los dos principales partidos, llegando a hacerse con casi un tercio del total de votos válidos emitidos. Esta estimación hipotética de resultados parte, además, del supuesto de una participación históricamente sin precedentes en elecciones generales: en torno al 53% tan solo.

Crisis de la representación. Como analiza José María Maravall, la crisis de los partidos políticos y la desafección ciudadana tiene mucho que ver con el creciente «déficit representativo» de las democracias realmente existentes. Cada vez en mayor medida la ciudadanía se encuentra ante situaciones que puede sufrir (como la actual crisis), pero que no puede ni explicar, ni gestionar, ni siquiera atribuir responsabilidades. ¿A quién «castigar» políticamente? ¿A Rajoy, a Zapatero, a los banqueros, a Merkel, a «los mercados»? Y en caso de poder identificar a un responsable, ¿cómo castigarlo? ¿Dejando de votar al PP para que gane el PSOE? ¿Dejando de votar sin más, para que pierda la política y ganen los mercados?

Como señala Maravall, «tal vez el mayor obstáculo para la promesa de la *representación*, esa persistencia de un gobierno *del* pueblo y *por* el pueblo, radica en que tal *gobierno* y tal *pueblo* han tenido un claro significado sólo dentro del ámbito de los estados». ...

- Los propios gobernantes elegidos para representar las preferencias ciudadanas asumen sin mayor problema que cada vez más van a tener que usurpar la voz del pueblo con el fin de acomodar su gestión a determinadas coyunturas, convirtiendo esta distorsión de la democracia en ejercicio de responsabilidad. La política se enfrenta así al denominado «trilema de Rodrik», según el cual la tensión entre la democracia nacional y el mercado global sólo puede resolverse limitando la democracia (a favor de la competencia globalizada), limitando la globalización (escogiendo la legitimidad democrática sobre la competitividad económica) o globalizando la democracia (a costa de la soberanía nacional). No se puede tenerlo todo.

En este contexto, las democracias consolidadas de Occidente sufren un proceso de degradación que las aproxima peligrosamente hacia la tecnocracia o la plutocracia. Como señala Maravall, «la democracia representativa se socava cuando los ciudadanos votan, pero apenas deciden». De ahí la cruda verdad del grito «No nos representan». De ahí la acertada reivindicación de una democracia que sí nos presente. Pero, como analiza Félix Ovejero, la crítica de la *democracia de competencia*, para la que bastan y sobran ciudadanos-consumidores, no debe llevarnos a desconocer la importancia esencial de las instituciones y de las reglas de juego para la organización de la complejidad social: «Cuando se está convencido de que la voluntad puede operar en un *vacuum* social e institucional no es raro recalar en una suerte de fundamentalismo moralista que todo lo malbarata». Una defensa realista de la deliberación debe partir del reconocimiento de que la política es y se hace también en el terreno de los intereses, las pasiones y los miedos, de las luchas y los conflictos, y que por ello es preciso un adecuado diseño institucional que permita la transformación de las preferencias con las que cada individuo accede al espacio de la política con el fin de que las distintas posiciones acaben correspondiéndose con principios de interés general.

Desde esta perspectiva, Paolo Flores d'Arcais reivindica la defensa insoslayable del *contenido procedimental mínimo* de la democracia, que no es otro que «una cabeza, un voto», principio incompatible con otros como «una bala, un voto» o «un fajo de billetes, un voto», pero también «una mentira, un voto» o «una bendición, un voto».

Ciudadanía y política. Lo cierto es que los partidos tienen dos problemas con la sociedad civil, de la que deberían ser expresión y herramienta. El primer problema es bien co-

nocido y está ampliamente reflexionado: su déficit de conexión con la sociedad civil, déficit que se ha vuelto estructural y cuya reversión empieza a parecer imposible. Pero con ser grave, más aún lo es un segundo problema, este sí estructural y estructurante de la fisonomía y, sobre todo, de la mentalidad colectiva de los partidos: me refiero a la ausencia de cualquier atisbo de sociedad civil en el seno de las organizaciones partidarias. Y sin sociedad civil no hay ni pluralismo, ni deliberación, ni democracia. Esta ausencia de sociedad civil se manifiesta de múltiples maneras en el funcionamiento ordinario de los partidos políticos, pero cuando realmente se expresa en toda su intensidad es en esos momentos extraordinarios en la vida de los partidos, como cuando deben constituirse los órganos de dirección o elaborarse sus planchas electorales. Es entonces cuando el déficit de sociedad civil permite que aflore su antítesis, que es esa cultura totalizante y homogeneizadora simbolizada en el «prietas las filas» y en su correlato, «el que se mueva no sale en la foto».

Evidentemente, la progresiva conversión de los partidos políticos en puras máquinas de acumulación de poder hunde sus raíces en dos procesos de fondo, que también deberían ser afrontados, especialmente por los partidos de izquierda. Por una parte, la pérdida de densidad ideológica, que ha hecho que se olviden de su función educadora-transformadora de los intereses y preferencias de la población. Se han quedado en Lenin y se han olvidado de Gramsci. Por otra –y vuelvo a citar a Ferrajoli– el «indiferentismo narcisista» de una buena parte del electorado de izquierdas, que en nombre de la pureza personal desconoce la necesaria impureza de la actividad política práctica a la que nos hemos referido más arriba. Como decía El Roto en una de sus viñetas: «La izquierda y la derecha parecen iguales, hasta que las ves de cerca».

Contrademocracia impolítica. Esta situación genera algunas derivas peligrosas. La más preocupante es la generación de espacios de impunidad para la expresión y formalización de propuestas populistas y tecnocráticas, o directamente racistas y autoritarias. Es una forma de contrademocracia que Rosanvallon califica de *impolítica*, entendiendo por tal aquella que no aspira a la aprehensión global de los problemas ligados a la organización de la existencia colectiva, disolviendo en la práctica «las expresiones de pertenencia a un *mundo común*». Es la cara sombría de la contrademocracia. En esta perspectiva, «el ciudadano se ha transformado en un consumidor político cada vez más exigente, renun-

«En los últimos dos años se extiende por el mundo un movimiento de *vigilancia cívica* que no se resigna al «desnivel de capacidades» que constituye el elemento clave del sistema representativo y que casi siempre se encuentra, como señala el libro de conversaciones de Amador Fernández-Savater, «fuera de lugar», más allá (o más acá) de los lugares comunes de la política institucionalizada.»



ciando tácitamente a ser productor asociado del mundo común». Una *democracia de rechazo* tiende a sustituir la antigua democracia de proyecto. Pierre Rosanvallon presenta como ejemplo más acabado y extremo de esta contrademocracia impolítica el populismo, «que pretende resolver la dificultad de representar al pueblo resucitando su unidad y su homogeneidad de un modo imaginario, en una toma de distancia radical con aquello a lo que se supone que se le opone: el extranjero, el enemigo, la oligarquía, las elites».

Por eso, como señala Ovejero, «aunque es muy cierto que «sin buenos ciudadanos de poco sirven las mejores leyes (...) no es mala cosa disponer de algunas bridas que ayuden a frenar las tendencias más inquietantes». Por ejemplo, no estaría mal «introducir cláusulas constitucionales que nos impidieran tomar decisiones que pongan en peligro las condiciones (dignas) de vida de las futuras generaciones. O el derecho a la salud de las personas inmigrantes...

Contrademocracia renovadora. Pero hay también expresiones de esa crisis que llevan consigo semillas de esperanza: movimientos ciudadanos de protesta y de propuesta que trabajan por otra política posible. Proliferan los análisis en los que se califica a Berlusconi y a Grillo de amenazas a la democracia y de obstáculos para la gobernabilidad del país. Como si fueran lo mismo. Pero no lo son. Como señala Rosanvallon, hay una contrademocracia que no es lo contrario de la democracia, sino otra forma de democracia: «la democracia de los poderes diseminados en el cuerpo social, la democracia de la desconfianza organizada frente a la democracia de la legitimidad electoral». Frente a la tesis de la ciudadanía pasiva y desafecta, esta contrademocracia se manifiesta como una democracia de *expresión*, de *implicación* y de *intervención*.

En los últimos dos años se extiende por el mundo un movimiento de *vigilancia cívica* que no se resigna al «desnivel de capacidades» que constituye el elemento clave del sistema representativo y que casi siempre se encuentra,

como señala el libro de conversaciones de Amador Fernández-Savater, «fuera de lugar», más allá (o más acá) de los lugares comunes de la política institucionalizada. Fue en esos otros lugares en los que la izquierda supo nacer, primero, y reinventarse después, una y otra vez. Esta idea aparece bellamente expresada en un momento del diálogo mantenido con Franco Ingrassia: «La izquierda siempre llevó la política allí donde se suponía que no debía suceder: del mundo de los amos al de los esclavos, de los ámbitos de la nobleza a los espacios populares, del parlamento a la fábrica, de las instituciones a la calle, del espacio público al espacio privado, etc. Así que se trata, necesariamente, de una paradójica tradición experimental, una línea de continuidad que implica su propia innovación».

Más allá (o más acá) de esta política en crisis hay multitud de lugares para seguir haciendo política desde la izquierda, experimentando. «Si tenemos el privilegio impagable de que la lucha por la democracia no nos obliga a arriesgar la vida, ni a ser torturados, ni siquiera a ser encarcelados, ¿qué más queremos?» (Paolo Flores d'Arcais).

Siete sugerencias sobre la crisis de la política:

- P. Flores d'Arcais, *Democracia*. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona 2013.
- A. Fernández-Savater, *Fuera de lugar: conversaciones entre crisis y transformación*. Acuarela & Antonio Machado, Madrid 2013.
- L. Ferrajoli, *Los poderes salvajes: la crisis de la democracia constitucional*. Trotta, Madrid 2011.
- J.M. Maravall, *Las promesas políticas*. Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona 2013.
- F. Ovejero, *¿Idiotas o ciudadanos? El 15-M y la teoría de la democracia*. Montesinos, Barcelona 2013.
- D. Rodrik, *La paradoja de la globalización*. Antoni Bosch, Barcelona 2011.
- P. Rosanvallon, *La contrademocracia: la política en la era de la desconfianza*. Manantial, Buenos Aires 2007.

Una defensa de la

Daniel
Innerarity*

La desafección hacia la política ha puesto indirectamente en marcha un debate acerca de *qué* es la política, *quién* y *cómo* debe hacerla. Toda crítica presupone una idea de lo que debería ser aquello que se critica. El desprecio de la política nos dice muchas cosas en torno al concepto que tenemos de esta actividad humana. Examinar los implícitos de la desafección política puede darnos una información muy valiosa acerca de lo que esperamos, con razón o no, de ella.

Hay un primer conjunto de críticas que tienen que ver con una supuesta incompetencia de los políticos. Seguramente esta crítica resulta pertinente en muchos casos, pero examinemos las cosas invirtiendo nuevamente la mirada. ¿Por qué los políticos nos resultan personas especialmente incompetentes? ¿Qué tipo de actividad es la política para que quienes se dedican a ella nos parezcan inevitablemente poco preparados y, al mismo tiempo, la profesionalidad nos parezca sospechosa?

La principal razón de este menosprecio tiene que ver con un hecho que olvidamos con demasiada frecuencia: las sociedades encomiendan a sus sistemas políticos la gestión de los problemas más complejos, los que no se resuelven mediante una pericia profesional indiscutible. Muchas de nuestras quejas por el hecho de que los políticos sean incompetentes o discutan demasiado parecen olvidar esta delegación. En la política se concentra una mayor incertidumbre y antagonismo del que tramitamos en otras esferas de la vida social.

Si los políticos y las políticas son vulnerables a la crítica es porque nosotros les hemos confiado esta misión, algo que parecemos desconocer cuando se nos olvida que su incompetencia y desacuerdo se debe a que les hemos trasladado los problemas que no se resuelven mediante una competencia irrefutable. No es que ellos sean incompetentes, sino que los problemas que les hemos encomendado son irresolubles mediante una competencia profesional; se exponen a que descubramos su incompetencia porque hemos delegado en ellos los problemas en los que se concentra la mayor incertidumbre; no son ellos quienes se pasan la vida discutiendo, sino que hemos pacificado nuestra sociedad civil dejando en sus manos los problemas más controvertidos; ellos discu-

ten para que los demás podamos ahorrarnos las disputas que más nos incomodan. Para que nuestra crítica fuera justa no deberíamos olvidar esta propiedad que hace de la política una actividad especialmente difícil, polémica e insegura.

El político vive en un mundo mucho más contingente que la mayoría de los ciudadanos. La política debe su contingencia al hecho de que es una actividad en la que se llevan a cabo decisiones que tienen mucho de apuestas, que no están precedidas de razones indiscutibles, a que debe adelantarse a los acontecimientos en medio de una gran complejidad. Es un ámbito de riesgo e imprevisibilidad, donde sirve de muy poco seguir reglas, adaptarse a los criterios dominantes o continuar como hasta ahora. De ahí su fuerza creadora, pero también el abismo en cuyo borde tienen que aprender a desenvolverse quienes se dedican a ella. Por eso los políticos están especialmente entregados a la contingencia del mundo. Ahí les hemos querido poner, tal vez para situarnos los demás en un lugar menos arriesgado. Esta es la razón por la cual los políticos son como los entrenadores de fútbol, los chivos expiatorios o los fusibles: cumplen la función de que podamos culpabilizar a alguien de nuestros fracasos en vez de disolver el equipo o disolver la sociedad.

Hay muchas cuestiones técnicas y periciales en el mundo de la política, por supuesto, y no se pueden tomar las decisiones correctas si no están precedidas por un trabajo de estudio y asesoramiento técnico. Pero lo específicamente político de la política viene después del examen de lo objetivamente determinable: cuando los técnicos y los administrativos han hecho su trabajo y sigue sin estar absolutamente claro qué es lo que debe hacerse. Es en ese momento de evidencias escasas cuando aparece la visión política, la apuesta y el vértigo que inevitablemente la acompaña.

En política no hay una objetividad que pone fin a nuestras controversias, códigos y protocolos que se aplican, cantidades que se miden, datos comprobables, valores absolutos. O, al menos, lo específicamente político es todo

«Me temo que el actual linchamiento hacia una dedicación tan necesaria, aunque se justifique por la indignación que provocan los casos de corrupción o negligencia, pone de manifiesto que no hemos comprendido bien hasta qué punto es necesaria la política en una sociedad democrática y cuáles son las limitaciones que proceden no tanto de la clase política como de nuestra condición política.»



aquello que permanece abierto una vez que han hablado los expertos y la burocracia ha hecho su trabajo, cuando la apelación a los valores no determina completamente lo que debe hacerse en un caso concreto o cuando las decisiones tienen que tomarse antes de que dispongamos de los datos que serían necesarios, pero que llegarán cuando sea demasiado tarde.

Buena parte de las críticas a los políticos proceden del hecho de que un político es alguien que decide, que opta por lo menos malo, que no puede contentar a todo el mundo, lo cual le genera incompreensión por parte de quienes acostumbran a pensar que lo contrario es posible: elegir lo absolutamente bueno en vez lo absolutamente malo, o elegirlo todo a la vez y contentar a todos. Que la política elija entre lo malo y lo peor es algo que dispara la crítica de quien no ha comprendido de qué va la cosa. Pero en el espacio de lo humanamente posible (no solamente en la política), con escasez de tiempo y recursos, elegir lo menos malo, quedar mal con alguien, posponer ciertos asuntos para atender lo prioritario son cosas inevitables.

En la política los asuntos no son absolutamente objetivos y evidentes, sino que consisten en una combinación de diversos criterios, a veces contradictorios. Esto exige una cierta complejidad del juicio político, de lo que

es incapaz el discurso populista. El hecho, por ejemplo, de que en la política haya tan poca objetividad, de que en la política haya más persuasión que demostración es lo que explica que en el imaginario popular el político sea sinónimo de astuto, maniobrero o embaucador. En cualquier caso, los criterios para juzgar la competencia de los políticos no pueden provenir de otros ámbitos sino de la praxis misma de la política, que es una actividad muy peculiar. Los ciudadanos deberíamos hacer el esfuerzo de criticar a nuestros representantes con toda la dureza que se merecen, pero sin que esa crítica se lleve por delante a la política como tal, algo que pasa siempre que les juzgamos sin haber comprendido para qué sirve la política y cuáles son sus condiciones.

Me temo que el actual linchamiento hacia una dedicación tan necesaria, aunque se justifique por la indignación que provocan los casos de corrupción o negligencia, pone de manifiesto que no hemos comprendido bien hasta qué punto es necesaria la política en una sociedad democrática y cuáles son las limitaciones que proceden no tanto de la clase política como de nuestra condición política. ▾

* Catedrático de Filosofía Política y Social, Investigador «Ikerrabasque» en la UPV/EHU y profesor visitante en el Robert Schuman Centre for Advanced Studies del Instituto Europeo de Florencia

Actitudes ante

Victor
Urrutia

Los datos ofrecidos en el *Anuario de la opinión pública vasca del año 2012* y del reciente *Sociómetro* nº 52 (junio de 2013), difundido por el Gabinete de Prospección Sociológica, nos dan pie para trazar una breves notas sobre las actitudes de creciente indiferencia y desafección de la ciudadanía ante «la política».

¿Qué sentimiento le inspira a Vd., principalmente, la política? Es una pregunta sencilla y directa pero incapaz de recoger todos los matices que encierra un concepto tan polisémico como el de «política». Probablemente, la gente cuando responde a esta cuestión piensa en instituciones políticas concretas o genéricas, en partidos, en la política como profesión, etc. No piensa en la política como una actividad cívica o de responsabilidad ante los asuntos colectivos (la «noble» tarea política). Así, emerge en la respuesta el imaginario cultural heredado o cultivado a lo largo de complejos procesos de socialización y de cambios generacionales. Todavía podemos escuchar aquella frase atribuida a Franco cuando aleccionaba a un ciudadano con toda naturalidad, diciendo: «Vd., haga como yo, no se meta en política». Más recientemente hemos oído manifestaciones similares a líderes de Bildu como Laura Mintegi, que antes y después de las recientes elecciones afirmaba, con la misma naturalidad, la manida frase «yo no soy política».

Conviene, pues, recordar que esta y otras preguntas que comentaremos a continuación tienen un valor relativo a la hora de sopesar los datos y objetivar la repercusión de la crisis en la (des)confianza en las instituciones, el alcance de la desafección política, la inhibición de la ciudadanía ante los asuntos colectivos, más allá de la indignación o del cabreo. En otras palabras, la clave es explicar el deterioro del propio sistema democrático y la pérdida de confianza en sus instituciones y representantes políticos.

UN GRAN SALTO. La trayectoria de la opinión pública sobre el interés mostrado por la política en Euskadi nos permite trazar un marco de referencia sobre los periodos vividos a partir de 1995. Así, de la observación del conjunto de los datos del cuadro 1, constatamos la existencia de tres periodos:

a) 1998/2005. Gobiernos en torno al Plan de Ibarretxe con una confrontación agudizada por las acciones de ETA. En la medida en que la confrontación política y el terrorismo conforman un ambiente de tensión social, en comparación con etapas posteriores, el interés mostrado es alto (36%), así como menor el desinterés (63%).

b) 2006/2011. Gobiernos de Zapatero, diálogos con ETA, gobierno socialista en Euskadi, emergencia de la crisis económica (2006/2011). En este período baja 12 puntos el interés y se incrementa en 8 puntos el desinterés. Ha cedido la

confrontación del debate en torno al «plan de Ibarretxe», se ve el final de ETA (con una distensión política y social creciente), y se va instalando la indiferencia que genera la crisis económica.

c) 2012/2013. Fin de las acciones violentas de ETA, entrada de Bildu en el Parlamento (y en más instituciones) y el retorno del PNV al gobierno. En este breve periodo se recupera ligeramente el interés por la política al igual que cede el desinterés debido a la satisfacción de los electores nacionalistas por su vuelta al poder (tanto en el gobierno como en el Parlamento). No obstante, se mantiene el peso negativo que la crisis económica tiene en el ánimo del conjunto de la sociedad vasca.

Cuadro 1.
Grado de Interés por la política en Euskadi (%)

Periodo	Poco/nada	Mucho/bastante	NS/NC	TOTAL
1998/2005	63	36	1	100
2006/2011	75	24	1	100
2012/2013	73	26	1	100

EUSKADI ES DIFERENTE. Los datos aportados en 2012 por el CIS, permiten constatar que, respecto a los diversos sentimientos que provoca la política en la ciudadanía, Euskadi es diferente (Cuadro 2). Para las personas de nuestra Comunidad, la política suscita -de manera notoria- menos desconfianza, menos irritación, más aburrimiento y más indiferencia con respecto al resto de España. El interés, el compromiso y el entusiasmo, son parecidos en ambas. La menor intensidad de la crisis económica en Euskadi marca esas grandes diferencias en casi todos los componentes de la escala. Igualmente habría que considerar en estos resultados el mayor equilibrio del sistema de partidos en el País Vasco y la menor corrupción percibida en la gestión de las instituciones públicas.

Cuadro 2.
Comparación Euskadi/Resto de España (2012) (%)

Sentimiento	Euskadi	Resto España
Desconfianza	59	71 (+12)
Irritación	33	41 (+9)
Aburrimiento	31	26 (-5)
Indiferencia	27	21 (-6)
Interés	17	16 (-1)
Compromiso	9	9 (=)
Entusiasmo	4	3 (-1)

la política

Junto a estos datos, no debe ignorarse que, en Euskadi, la desconfianza y la irritación son actitudes que van creciendo. En concreto, la irritación ha aumentado 12 puntos en los últimos dos años. Ese malestar provoca a su vez un aumento del interés por la política, que entre 2010 y 2012 ha crecido 11 puntos (Cuadro 3).

Cuadro 3.
Evolución en Euskadi (2010/2012) (%)

Sentimiento	2010	2012	Diferencia
Desconfianza	53	59	+6
Irritación	21	33	+12
Aburrimiento	33	31	-2
Indiferencia	31	27	-4
Interés	20	31	+11
Compromiso	13	9	-4
Entusiasmo	3	4	+1

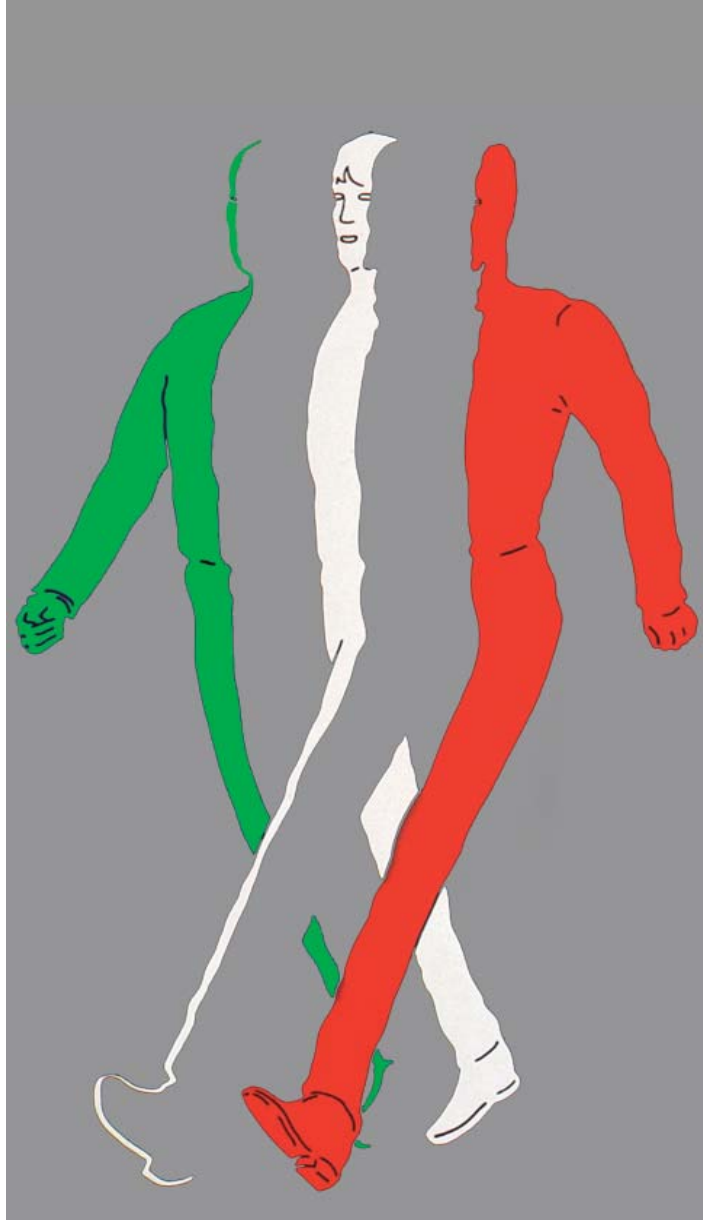
¿QUIÉN TIENE MAYOR INTERÉS POR LA POLÍTICA?

El cruce entre opciones electorales y los sentimientos nos permite concluir, según los datos analizados, que el electorado del nacionalismo radical es el más irritado, el menos aburrido, el menos indiferente y el más motivado (más comprometido y con mayor interés por la política). Estos son sentimientos que encajan positivamente con sus expectativas electorales. El resto de opciones políticas siguen una distribución parecida a la registrada por el dato medio del conjunto, incluido el bloque de abstencionistas (Cuadro 4)

Cuadro 4.
Opciones electorales (%)

Sentimiento	Totales	AMAIUR	ABSTENCIÓN
Desconfianza	59	57 (-2)	64 (+5)
Irritación	33	44 (+11)	33 (=)
Aburrimiento	31	17 (-14)	32 (+1)
Indiferencia	27	15 (-12)	34 (+7)
Interés	17	27 (+10)	13 (-4)
Compromiso	9	18 (+9)	4 (-5)
Entusiasmo	4	4 (=)	2 (-2)

Desde el punto de vista generacional, la indiferencia ante la política es una actitud más extendida entre las generaciones jóvenes que en las adultas, así como menor su grado de interés y de compromiso político (Cuadro 5).



Cuadro 5.
Sentimientos por grupos de edad (%)

Sentimiento	18-29	46-64
Desconfianza	63	61 (-2)
Irritación	32	35 (+3)
Aburrimiento	28	27 (-1)
Indiferencia	33	22 (-11)
Interés	15	18 (+3)
Compromiso	7	11 (+4)
Entusiasmo	4	4 (=)

NOTA. Fuentes utilizadas:

—Para los cuadros 1,3,4,5: *Anuario de la opinión pública vasca 2012* y *Sociómetro 52* /Gabinete de Prospección Sociológica (GV)

—Para el cuadro 2: *Anuario de la opinión pública vasca 2012* y CIS (estudio 2960, octubre 2012)

—En los cuadros 2, 3,4 y 5 las opciones seleccionadas por las personas encuestadas eran dobles. ▼

Victor Urrutia. UPV/EHU. Bilbao, 21-junio-2013

FRATERNITÉ GALDUAREN

Kongresu batean izan zen, duela gutxi. Hizlariaren hitzetan, herrialde bat bene-

tan demokratikoa izateko, askatasun eta berdintasunaz gain, *anaitasuna* ondo errotuta egon behar du printzipioetan nahiz instituzioetan. «Anaitasunik gabe ez dago demokraziarik», laburtzen zuen. Galderen garaian, berehala etorri zitzaion astindua. Lehenengo eta behin, astindu feminista: zer zuen berak «elkartasun» (*solidaridad*) hitzaren kontra, zergatik *fraternidad* gora eta *fraternidad* behera? Ez al zekien akaso -etimologikoki, be-deren- termino horrek anaiartekotasuna bakarrik adierazten zuela, hau da, *sororidad* (ahizpatasuna) aldarrikatzea bezalakoa zela? Beste entzule batek terminoari erlijio-kutsua hartzen zion eta, eztabaida kontzeptualarekin jarraituz, berdintasuna ondo ulertzearekin, hau da, ondo definitu eta eduki egokiz betetzearekin, nahikoa zela argudiatzen zuen.

Ikus dezagun. Euskaraz behintzat, genero-kritika nahiko erraz gaindi daiteke, anaitasun ordez *anai-arrebatasun* erabiliz edo, agian hobe, *senidetasun*. (Edonola ere, ez du zentzurik honetan gehiegi tematzeak. Termino batzuk aise egoki daitezke, hizkuntza gehiegi bihurritu gabe, baina beste batzuk ez, eta kitto. Gaztelaniazko *patria* edo euskarazko *aberri -aba*, aita + *herri-*, esaterako.) Zergatik ez erabili *elkartasun*, edozein kasutan, hain neutroa eta biribila dirudiena? Hizlariak (Ángel Puyol filosofoak) *solidaridad* horren kontra ez zuela ezer, noski, eta sinonimotzat ederki zetorrela, erantzun zuen; baina *anaitasun* edo *senidetasun* edo dena delakoak beste kutsu epelago bat zuela, jatorri ederrago bat: guztiok familia bereko kide garenaren ideia.

Metafora ederra, bai. Jatorria seguraski erlijio mono-teistetan izango du; kristautasunean behintzat argi eta garbi. Gizaki guztiok Jainko-aita bakar baten seme-alaba ginatete eta, ondorioz, anai-arrebak gure artean (bai -esango du maleziatsuren batek-, Kain eta Abel bezala). Ondoren iraultzaile frantsesek *liberté* eta *égalité*-ren maila berean jarri zuten, eduki politiko argi bat eman eta guztiok ere familia sozial bereko kide gisa aldarrikatuz, jatorri eta klase ezberdinekoak izan arren. Geroztik metafora testuinguru sekularizatuan makina bat aldiz erabili da, bai,

baina egia da indarra galtzen joan dela... Izan ere, *elkartasun* kontzeptuak ez bezala, beste honek *berezko* edo *haragizko* lotura bat ematen du aditzera, nahitaezkotasun bat, batasun jatorri-jatorrizko eta ukaezin bat. *Solidaritatea*, aldiz, gure artean erabiltzen den moduan behintzat, hautazko moduan agertzen da, bertute pribatu soila.

Tradizio liberalak, *homo economicus*-aren gorai-pamenak edo izaki autointeresatu eta ziztrinon ikuspegiak ez du, noski, apenas bultzatu elkartasun hori. Asko jota ere, hau da, kasurik onenean ere, demokrazia liberalaren definizio ideal hau plazaratu izan du: «hiritar aske eta berdinen autogobernua». Ez dago gaizki! Baina galderak berehala datoz: zer da hiritar libre izatea? Eta berdinak zertan? Eta autogobernua nolakoa?

Lehenengoaren erantzunean dago agian adostasun handiena: oinarrizko eskubide edo askatasun zibil eta politikoak segurtatuak izatea. Bigarrenengoaren erantzun posibleak zabalagoak dira: berdinak duintasunean, berdinak legearen aurrean, berdinak eskubideetan, berdinak oinarrizko beharrak asetzeko orduan, berdinak aukerak egiteko? Eta autogobernua nolakoa? Ordezkapen bidezkoa, bai, baina ordezkapena benetan *ordezkapen* al da?

Gaur egun bizi dugun krisialdi petralak galdera guzti hauek -eta beste hainbat- berpiztera garamatza. Haste-ko, argi geratu zaie hiritar gehientsuenei agintaritz politikoa ez dagoela inondik inora ere agintaritz ekonomiko-finantzieroaren gainetik, eta bigarren honi dagokionean ez dugula inongo kontrol demokratikorik. Gure ustezko autogobernua erdi ustela dela, beraz. Eta jendearen atsekabea handiagoa da ohartzean ez dela, neurri handian, alderdi politiko bat edo bestearen gobernu-moduaren kontua, arazoa benetan estrukturala dela bai-zik. Are, krisi honen ondorio nagusia ongizate-estatua mehetzea, hezurretara eramatea, dela. Hau da, idealetik errealitatera jauzia emanez, gurea «ez hain hiritar libre eta berdinen erdizkako autogobernua» litza-tekeela.

**Belén
Altuna**

Eta zergatik ez oraindik gehiago eskatu (ematen zuen aditzera hasieran aipatutako hizlariak)? Zergatik ez berpiztu berriz, honez gero milurtekoak dituen metafora ederra? Guztiok *anai-arrebatasuna* edo *senidetasuna* edo *fraternité* delakoa? Ba ote dago halakorik egitera ausartzen den gobernaririk?



Jakin badakigu ez dela gauza bera askatasun eta berdintasun *formala* eta askatasun eta berdintasun *materiala*. Legeetan askatasun guztiak bermatuak edukitzeak ez du askorik balio bat itota bizi baldin bada, hipoteka ordaindu ala seme-alabei egunean hiru jatordu ematearen artean aukeratu ezinean; edo lanposturik nazkante edo ankerrenean baldin badirau, miseria bat irabazi arren, kale gorrian ez geratzeko. Legearen aurrean ere formalki berdinak izateak ez du gehiegi balio, estatuak ez badu bere gain hartzen seriozki justizia berbanatzailaren eginkizuna, kalitatezko zerbitzuak ez baditu eskaintzen hiritar guztientzat, aukera-berdintasunaren idealera hala nola behintzat ez bada hurbiltzen saiatzen. Gainera, berdintasun formal horrek ere sinesgarritasuna galtzen du, eguna joan eta eguna etorri, ustelkeria kasuetan belztuta daudenak auzitegietan halako tratu adeitsuak jasotzen dituztela ikusita.

Edonola ere, hiritar aske eta berdinean izatearen printzipio horrek malgutasun handia jasan dezake, formaltasun hutsa eta materialtasun betearen artean kolore-espektra zabala baita benetan. Baina garbi dagoena da, jende gehienarentzat, ongizate-estatuaren kalitateak behera egitea eta demokraziaren kalitateak ere behera egitea eskutik doazela; bereiztezinak direla edo, beste era batera esateko, demokrazia gure ordezkariak aukeratzeko prozedura arautu bat baino askoz gehiago dela. Justiziazko antolamendu bati egiten diola -edo egin beharko liokeela- erreferentzia.

Hor dago gakoa, justizia ondo gauza ote daitekeen gizabanakoaren askatasun eta berdintasunari erreparatuz soilik. Hasteko, bistan da estatu sozialaren ideien atzean

ez dagoela soilik guztientzat berdintasun material minimo bat ziurtatzea: zalantzarik gabe, senidetasun edo elkartasun gogoia ere bada atzean; gogora dezagun, besteak beste, Dependentsia Legea. Krisi garaian jendeak gehien txalotu dituen inizatibak ere halakoak izan dira. Ikusi, bestela, hipoteka ezin ordaindu eta egunero gertatzen ari diren kaleratzeen aurrean dagoen elkartasun giroa; kaleratutako pertsona horiek kontratu bat sinatu zuten beren banketxeekin eta, seguruenik, hor ez zen askatasun eta berdintasun printzipioen urraketarik gertatu.

Nahitaez, eta ekitateaz haraindi, justiziaz *elkartasuna* eskatzen du. Izan ere, gizakia izaki burujabe eta ahalmentsu gisa erretratzen

badugu, besterik gabe, *photoshop* hiperlatiboa egiten diogu. Aldiz, izaki hauskor, sentikor eta *kaltebera* garelako gogoratzean, justiziari oinarri sendoak ezartzen dizkiogu. Hortxe dauzkagu makina bat gaitz, makina bat kalte, gutako edonor astintzeko prest: gaixotasunak, erasoak, istripuak, botere-gehiegikeriak, langaltzeak, baztertzak, kaleratzeak... Dependentsia egoeran jaiotzen gara luzaroan, eta zahartzaroan, sarri askotan, hartara bueltatzen gara. Elkarren beharrek gara, lehentxeago edo beranduago, gehiago edo gutxiago.

Noski, normalean familiaren altzoan ematen diogu baldintzarik gabeko laguntza hori elkarri. Edo elkarre partikular edo pribatuaren eskutik, *karitate* gisa. Demokrazia liberalaren ikuspuntutik, esan dugu, elkartasuna norbanakoak arlo pribatuan garatu dezakeen bertutea da, inondik ere ez *bertute instituzionala*. Bizi dugun krisi garaia, ordea, kontrakoa erakusten digu: hiritarrei eskatzeaz gain, elkartasun-askatasun eta berdintasunarekin batera- justiziazko gobernu baten oinarri-oinarrian egon behar duela, eta ez gehigarri edo *plus* moduan hazkunde ekonomikoko garaietarako.

Eta zergatik ez oraindik gehiago eskatu (ematen zuten aditzera hasieran aipatutako hizlariak)? Zergatik ez berpiztu berriz, honez gero milurtekoak dituen metafora ederra? Guztion *anai-arrebatasuna* edo *senidetasuna* edo *fraternité* delakoa? Ba ote dago halakorik egitera ausartzen den gobernariarik? ▽

Belen Altuna. EHUko Filosofia Moraleko irakaslea

«No hay poder capaz de fundar el orden por la sola
represión de los cuerpos por los cuerpos.
Son necesarias fuerzas ficticias» (Paul Valéry)

Profanar, según nos han explicado, es una manera especial de tocar que rompe los encantamientos y acerca a los seres humanos aquello que lo sagrado había separado y petrificado. Es la acción contraria a consagrar. Algo de ese orden ha ocurrido en muy poco tiempo en España con las piezas clave del régimen político del 78: monarquía, Constitución, Parlamento, sistema de partidos, prensa, banca... Lo que hasta ayer mismo era intocable (*sagrado*) ahora se puede tocar. Un gesto de profanación -multitudinario, callejero, alegre- ha atravesado las distancias sacralizadoras volviendo vulnerable lo invulnerable. El régimen del 78 ha perdido su aura y ahora es susceptible de discusión, crítica, guasa. A esa aura, a esa distancia, a esa membrana protectora hoy en crisis la llamamos Cultura de la Transición y es un filón clave para entender la cultura oficial en España durante los últimos 35 años.

El término Cultura de la Transición (a partir de ahora CT) no se refiere sólo al ámbito cultural en el sentido convencional (cine, música, arte, libros), sino a toda una organización de lo visible, lo decible y lo pensable. A una máquina de visión y de interpretación del mundo. Es cierto que un uso tan amplio del término «cultura» puede ser problemático, pero tiene la pertinencia y la virtud de señalar, recordar e insistir en que toda organización social es en primer lugar un orden simbólico y estético que configura una percepción común de las cosas: lo que se puede ver, lo que se puede decir de lo que se ve, lo que se puede pensar y hacer al respecto. Como afirma Paul Valéry, no hay poder político que pueda funcionar ni un sólo día sin el recurso de «fuerzas ficticias» que no son simples ilusiones, mentiras o espejismos, sino potencias configuradoras de realidad.

La CT es una fábrica de la percepción donde trabajan a diario periodistas, políticos, historiadores, artistas, creadores, intelectuales, expertos, etc. Lo que allí se produce desde hace más de tres décadas son distintas variantes de lo mismo: el relato que hace del consenso en torno a una idea de la democracia («representativa, liberal, moderada y laica») el único antídoto posible contra el veneno de la polarización ideológica y social que devastó España durante el siglo XX. Ese consenso funda un «espacio de convivencia y libertad» que se presenta a sí

mismo como algo frágil y constantemente amenazado por la virtualidad del terror (golpe militar, ETA, ruptura de España, etc.). La CT es la siguiente alternativa: «normalización democrática» o «dialéctica de los puños y las pistolas». O yo o el caos.

La CT define el marco de lo posible y a la vez distribuye las posiciones. En primer lugar, prescribe lo que es y no es tema de discusión pública: el régimen del 78 queda así «consagrado» y fuera del alcance del común de los mortales. En segundo lugar, fija qué puede decirse de aquello de lo que sí puede hablarse (sobre todo cuestiones identitarias, culturales y de valores). Aquí hay dos opciones básicas: progresista y reaccionaria, ilustrada y conservadora, izquierda y derecha. La alternativa PP/PSOE (y su correlato o complemento mediático: *El Mundo/El País, Cope/Ser*) materializa ese reparto de lugares. La CT no es una de las opciones, sino el mismo tablero de ajedrez: el marco regulador del conflicto. Por último, dispone también quién puede hablar, cómo y desde dónde. La CT está afectada por una profunda desconfianza en la gente cualquiera, que se expresa bien como desprecio, bien como miedo, bien como paternalismo. La voluntad de esa gente cualquiera -demasiado ignorante, demasiado incapaz, demasiado visceral- debe ser depurada, reemplazada, sustituida: *representada* por los que saben (políticos o expertos). Los lugares privilegiados de palabra serán siempre por tanto las instancias de representación (partidos, sindicatos, medios de comunicación, academia). Y el respeto de ciertos términos, así como la asunción de determinados tonos, inflexiones y referencias en el discurso, definirá un «hablar bien» que dará acceso a los lugares privilegiados.

En definitiva, la CT es un espacio de convivencia sin pueblo. Una arquitectura política sin gente. En su orden de clasificaciones, la calle queda marcada como el lugar de la anti-política. Quizá un lugar necesario en condiciones de «déficit democrático» pero siempre como algo provisional, transitorio, eventual. Así se entiende que la apatía ciudadana haya sido interpretada tantas veces por la CT como una señal de «maduración democrática». La buena política es aburrida porque se hace lejos y la hacen otros (aunque la CT sea algo esquizofrénica en este

El marco de la Cultura de la Transición no resolvió ni siquiera los problemas más específicamente «nacionales», simplemente los tapó bajo la alfombra de las palabras-fetiché. Por eso reaparecen de nuevo ahora: el encaje territorial, la memoria de la guerra civil, la monarquía, etc. Eran problemas congelados, no resueltos. Y en el presente deshielo de la Cultura de la Transición, cuando su mapa de lo posible y su orden de clasificaciones se deshace, se abren de nuevo.

Transición y el nuevo sentido común



T.C.P.

LA CRISIS DE LA CT Y EL 99%. El mayor éxito durante todos estos años de la CT ha sido sin duda construir un verdadero monopolio sobre el sentido común: decidir qué es sensato y qué no. Tan fuerte era ese monopolio que la CT ni siquiera se dignaba muchas veces a contestar a sus críticos. Simplemente repetía algunas de sus palabras-rodillo (cohesión, estabilidad, unidad) y señalaba al que no hablaba bien -porque usaba otras palabras o las mismas en un sentido inapropiado- como a un loco (más o menos simpático, más o menos peligroso, dependiendo de los casos).

Pero mientras, los camellos seguían a lo suyo. En las últimas tres décadas, se ha configurado un orden global que articula jerárquicamente Estados, instituciones supraestatales y capital financiero. De modo que la política de los

«Control político de la economía y control social de la política»

punto y a veces también deplora esa apatía: el ideal para ella sería la participación entusiasta y continua dentro de los canales establecidos, como el voto y la militancia en partidos políticos). La calle poblada es la imagen de la guerra civil que la CT conjura. Una vez deshabitada la calle, alejaremos definitivamente el fantasma de la guerra civil. En nombre de la convivencia, la cohesión, la estabilidad y la responsabilidad, *la gente debe desaparecer*. Quedarse en su lugar y dejarse representar por los que saben. Ausentarse.

Y sobre el capitalismo, ¿qué dice la CT? Borges explica en algún sitio que la demostración de que el Corán es un libro árabe es que no aparecen mencionados los camellos. En la CT pasa un poco igual con el capitalismo: va de suyo. Es el sistema que -gestionado así o así, dependiendo de las dos posiciones básicas de la CT- produce mayor riqueza y desarrollo, organiza mejor los recursos y las capacidades, nos encarrila en definitiva hacia el progreso arrancándonos de esos «terruños» donde sólo pueden brotar «mentalidades retrasadas» o incluso «identidades asesinas». La modernidad se asocia de ese modo a un hiperdesarrollo capitalista que es a la vez deseable e inevitable. Fue más o menos así cómo la CT nos explicó la necesidad de aprobar el Tratado de Maastricht y entrar en la UE. La CT es un modo de naturalizar la economía y no hablar de ella, de dar por sentado sus necesidades y desproblematizarlas.

Estados ha quedado muy reducida a un asunto de gestión de las necesidades y las consecuencias de ese orden global en un territorio y una población concreta. Y cuanto menos margen de maniobra tiene la política de los Estados, más gesticula la CT en torno a las imágenes míticas de la independencia nacional. No para de hablar de soberanía, España, el imperio de la Ley, la ciudadanía, 1812, la Nación, pero las palabras van por un lado y las cosas por otro. El ejemplo más claro es la Constitución española, sagrada e intocable depositaria de todos los valores CT (convivencia, sentido común, consenso). Bastó un telefonazo de Angela Merkel en septiembre de 2011 para que el ala izquierda de la CT modificase la Constitución al dictado y en un plisplás, sin mucha objeción por parte del «patriotismo constitucional». Y así con todo. La CT justifica el desvío de soberanía *en nombre de la soberanía*. Y de ese modo ella misma sacrifica su credibilidad. Cuando capitalismo y normalidad ya no coinciden, chirría mucho que no se hable de los camellos.

La CT como máquina de visión y de interpretación del mundo se avería muy a menudo últimamente. Sobre todo en la conjunción entre dos tipos de fenómenos: una catástrofe de(l) orden global y una politización de nuevo tipo. Pienso por ejemplo en el hundimiento del Prestige y el movimiento «Nunca Más», en la ocupación de Irak y el «no a la guerra», en el atentado del 11-M de 2004 en Madrid y la respuesta social, en la crisis económica y el

15-M. En ninguno de esos casos, la CT ha conseguido imponer a la sociedad su lectura de la situación, ni tampoco sus recetas («todos detrás de los representantes y los que saben»). Por un lado, la CT cada vez se percibe menos como protección y cada vez más como fuente o legitimación de los peligros contemporáneos asociados al orden global (desde la «guerra contra el terror» al desmantelamiento actual del Estado del bienestar). Por otro lado, nuevas politizaciones interrumpen el relato de la CT proponiendo otras descripciones de lo que pasa y otros espacios de elaboración, ya no organizados según la dicotomía izquierda-derecha, sino según la lógica 99%-1% (o arriba-abajo).

Esto es algo para pensar. Desde el Nunca Más al «no a la guerra», pasando por las actuales mareas contra los recortes o el movimiento contra los desahucios, ninguna politización importante en los últimos años se ha autorrepresentado o entendido a sí misma en el eje izquierda/derecha. La izquierda o la extrema izquierda pueden ser anti-CT (aunque desde luego la CT es tan hija del PSOE como del PCE), pero se inscriben en un campo de posibles y posiciones que la CT maneja perfectamente: «las dos Españas». Precisamente para fugarse del tablero de ajedrez de la CT y abrir terreno común para el encuentro entre diferentes, las nuevas politizaciones usan palabras no codificadas políticamente como afectados, cualquiera, personas, indignados, etc. No escogen entre PP o PSOE, sino que redefinen el mapa de posibilidades: el PPSOE contra el 99%. Si estas nuevas politizaciones huyen de la CT es porque se trata de un marco reductor que impide asumir los problemas que nos propone nuestra inscripción en un orden global donde compartimos un único mundo común, la interdependencia es la regla y todos somos «afectados».

La CT está perdiendo su monopolio sobre el sentido común. En el último debate sobre el estado de la nación, Rajoy volvió a llamar «locos» a todos los que cuestionaban su gestión de la crisis económica, pero ya no impresiona ni impone el silencio a nadie. La CT ha envejecido muchísimo en un par de años. Pero no se trata principalmente de un envejecimiento «objetivo». Si ahora la vemos como medio gagá y desconectada de la realidad es porque las nuevas politizaciones han modificado la percepción y la sensibilidad común. Lo que antes no veíamos, ahora lo vemos. Lo que antes aceptábamos como inevitable y necesario, ahora lo rechazamos. Lo que antes tolerábamos, ya no lo toleramos más. Loca y peligrosa nos parece ahora la máquina que desahucia quinientas familias a diario y quienes la justifican. El caos son ellos.

EL NUEVO SENTIDO COMÚN Y LA «SEGUNDA TRANSICIÓN» ¿Qué será de la CT? Quizá encuentre una nueva pujanza en partidos como Ciudadanos o UpyD. Quizá desaparezca poco a poco. Quizá mute o se hibride con otras fuerzas ficticias con las que tiene puntos de conexión aunque también muchas diferencias: el discurso del «gobierno técnico» que habla de racionalidad, eficacia, buena gestión y calidad; o el discurso de mercado que habla de servicios, clientes, consumo e imagen (la Marca-España). Habrá que seguir con atención estos rejuvenecimientos, relevos y preséramos entre los diferentes relatos. Pero lo más importante desde un punto de vista emancipador es que está naciendo *un nuevo*

sentido común que se elabora por abajo y en el que caben perroflautas, jueces, bomberos, policías, médicos, profesores y gente cualquiera: el 99%, como estamos viendo y viviendo en todas las manifestaciones contra los recortes.

El nuevo sentido común no es sólo una crítica o una protesta contra la CT. Protestar o criticar no propone otra definición de la realidad, ni permite salir del círculo de lo negado. Es en primer lugar y ante todo una nueva organización de lo visible, lo decible y lo realizable. Una revolución cultural. Un desplazamiento (más que una crítica) que nos propone ver otras cosas o mirar desde otro sitio. Y que afecta al núcleo más íntimo de la CT: su definición de democracia ya no es la única posible ni va de suyo. La democracia es de nuevo una pregunta abierta. Democracia real, democracia 2.0, «democracia y punto», la democracia que se investiga y ensaya en las redes, las calles y las plazas no se plantea como gestión de lo necesario de espaldas a la gente, sino que tiene más que ver con esta fórmula del antropólogo francés Pierre Clastres: «control político de la economía y control social de la política».

Para acabar. La CT propuso la arquitectura del 78 como marco de convivencia superador de los antagonismos que marcaron la historia española del siglo XX. Pero ahora vemos bien claro que se trataba de una convivencia encogida, bajo chantaje y silenciosa. El marco de la CT no resolvió ni siquiera los problemas más específicamente «nacionales», simplemente los tapó bajo la alfombra de las palabras-fetiché. Por eso reaparecen de nuevo ahora: el encaje territorial, la memoria de la guerra civil, la monarquía, etc. Eran problemas congelados, no resueltos. Y en el presente deshielo de la CT, cuando su mapa de lo posible y su orden de clasificaciones se deshace, se abren de nuevo. Por eso, aquí y allá se habla de la necesidad de una «segunda transición» o «proceso constituyente» que nos permita elaborarlos a fondo y de verdad. Desde el nuevo sentido común, esa «segunda transición» se plantearía según el postulado contrario a la primera: no el miedo a la gente, sino la confianza en la inteligencia de cualquiera y la necesidad de incorporar las capacidades de todos (el 99%) para inventar una nueva convivencia sin miedo y en equidad. ▽

* Este texto es fruto como siempre de mil conversaciones, en este caso especialmente con **Franco Ingrassia, Juan Gutiérrez y Álvaro**.

Algunas referencias:

-Sobre lo sagrado y lo profano, *Profanaciones* de Giorgio Agamben (Anagrama, 2005).

-Para pensar la naturaleza de las «fuerzas ficticias», son muy útiles los conceptos de «policía» y «política» de Jacques Rancière (por ejemplo en *El desacuerdo*, Nueva Visión, 1996).

-Sobre la CT, *CT o Cultura de la Transición (Crítica a 35 años de cultura española)*, VVAA (Mondadori, 2012)

-Para pensar el pasaje del Estado-Nación al Estado gestor, *Sucesos argentinos* de Ignacio Lewkowicz (Paidós, 2002).

-Sobre mi visión del 15-M, los artículos que he ido publicando en el blog «Fuera de Lugar» (en publico.es) y ahora en el blog «Interferencias» (en eldiario.es).

Políticos sin privilegios

Milagros
Rubio

El descrédito de lo que se ha dado en llamar «casta política» ha aumentado considerablemente durante estos años en los que los gobernantes afrontan la crisis a base de recortes de servicios públicos y derechos ciudadanos, mientras afloran graves casos de corrupción y clientelismo.

El problema no se soluciona reduciendo la representación ciudadana en las instituciones, tal y como claman voces de procedencia diversa. Son muchos los cargos públicos, entre ellos muchos concejales, que no tienen sueldos suntuosos, cesantías ni pensiones máximas, pero estas prebendas han sido extendidas a todo cargo público por el imaginario popular a consecuencia de la falta de transparencia en esta materia y de los numerosos abusos, clientelismos y casos de corrupción. También es responsable de esta situación la manera en la que se viene configurando, en general, el ejercicio de cargo público, incluso el de concejal,

con preeminencia en cuestiones menores pero tan simbólicas como entradas gratuitas a espectáculos, asientos reservados, trajes de gala o participación en procesiones, por poner algunos ejemplos, contribuyendo a que se le vea como alguien por encima de los demás.

Son diversos los asuntos a abordar para dotar de cierta credibilidad al cargo político, entre ellos: eliminar privilegios, exigir coherencia, ajustar ingresos desmesurados y hacerlos transparentes, dotar a la oposición política y a la ciudadanía de medidas de control y fiscalización, especialmente en materia de contratación para poner coto al clientelismo, y facilitar la participación ciudadana. Son medidas inherentes a una democracia participativa. En este sentido, BATZARRE ha aportado una práctica peculiar a lo largo de su extensa práctica municipal. A pesar de que cada uno de nuestros cargos públicos tiene una experiencia distinta, las características de nuestro colectivo hicieron que, desde el comienzo, los cargos públicos de BATZARRE no cobrasen ingresos desproporcionados, tanto si estaban en la oposición como si gobernaban, y que no utilizaran esos privilegios cotidianos que rodean al representante institucional. De hecho, durante bastantes años algunos de nosotros veíamos severamente merendados nuestros ingresos por nuestra labor municipal.

No existía ninguna compensación, ni por las instituciones ni por el colectivo político, de los descuentos que se nos hacían en nómina por las horas utilizadas en el trabajo municipal. Esa generosidad es algo que no puede exigirse a nadie, y menos a día de hoy, pero es un bagaje ético que nos ha permitido criticar y proponer con coherencia. Lo racional es que esos descuentos de los ingresos propios, se vean compensados por la propia institución en la que se ejerce el cargo, pero nunca con dietas opacas mediante organismos clandestinos para la mayoría, como en el caso famoso de las dietas en CAN por una parte del actual gobierno navarro, ni tampoco con

ingresos alejados de los de un asalariado que ejerza responsabilidades asimilables.

BATZARRE trabajó diversas propuestas sobre contratación pública y elaboró un Código ético para cargos públicos, que Izquierda-ekzerra completó*. Por su extensión, no puedo reproducirlo en este artículo, pero en cuanto a los ingresos insistía de forma espe-

cial en la reivindicación «una persona, un sueldo», en contraposición a los múltiples y poco transparentes ingresos de algunos gobernantes. En uno de los puntos del documento, se insiste en que «En todo caso, la retribución permanente de un cargo público será incompatible con cualquier otra retribución, y en caso de desempeñarse dos cargos retribuidos habrá de optarse por una sola de las retribuciones». Una máxima tan simple evitaría muchos abusos y, junto a una actitud y medidas que evitasen prebendas, contribuiría a que los políticos, sin privilegios, fuesen más cercanos a quienes representan. Los códigos éticos no pueden ser declaraciones de buenas intenciones, sino que tienen que arbitrar medidas concretas. Como antes indicaba, el asunto requiere un compendio de cuestiones que van más allá de los ingresos de los políticos, y que pasan por una modificación sustancial de las relaciones no solo entre cargos públicos y ciudadanía, sino también entre política y ciudadanía. Sin participación ciudadana, política y sociedad se alejan, y la democracia languidece. ▼

Milagros Rubio. Miembro de BATZARRE y concejala de izquierda-ekzerra en Tudela

* <http://www.izquierda-ekzerra.org/noticia-eu.php?id=30>

Óscar
Rodríguez Vaz

Los partidos y las principales instituciones de representación y gobierno atraviesan el peor momento en los últimos 35 años en España. Pero es algo que no sólo ocurre aquí. Y sean coyunturales o estructurales los motivos, parece lógico defender que debemos innovar para obtener alguna fórmula que cierre la brecha entre la política y la voluntad popular en la que se fundamenta la legitimidad democrática.

Tal y como evolucionan las cosas, es imposible plantear un futuro con certezas sobre el sistema representativo, ni sobre si la forma de democracia que vivan nuestros biznietos se anclará sobre los partidos políticos tal y como los llevamos conociendo en el último siglo. Pero en tanto en cuanto surge lo nuevo -si es que ha de surgir-, soy partidario de redefinir o reinventar lo actual, para lo que previamente hay que pasarle revista.

De entre las muchas funciones que han de desempeñar la política y los partidos, a mi juicio, las dos principales deben ser la de mediación entre la sociedad y las instituciones, y la de anticipar el futuro. Por desgracia, asistimos a la pérdida del papel de «mediación representativa»¹ que los partidos deberían desempeñar, y vivimos una política «atrapada por los plazos electorales»² y, por tanto, de corto recorrido.

PÉRDIDA DE LA FUNCIÓN DE MEDIACIÓN REPRESENTATIVA.

Habría que preguntarse, en primer término, por las razones que han llevado a la política a no desempeñar esa función de mediación. La fundamental es que la realidad ha pasado por encima de la política. La política no ha acompañado (y menos liderado) a la sociedad en el proceso de innovación que ésta ha experimentado en las últimas décadas en materia científica, económica, de relaciones sociales, telecomunicaciones, etc. Los partidos no han cambiado en Occidente. Quienes participaron en el sistema político e institucional justo después de la Segunda Gran Guerra podrían participar en el sistema actual sin dificultad, ya que no hay grandes diferencias en lo sustancial³. Y este gap se multiplica si contemplamos el hecho de que, por muchos motivos, la gente hoy espera más de la democracia que lo que esperaba en el pasado⁴.

En el artículo 2.6 de la Constitución española se da carta de naturaleza a un sistema de partidos cuyo papel es «fundamental para la participación política». Sea como consecuencia de la recién descrita falta de acompañamiento innovador a la sociedad, sea por otro tipo de razones, lo cierto es que los partidos han ido perdiendo ese papel. ¿Cuáles podrían ser ese otro tipo de razones que dificultan el ejercicio de mediación representativa?

He aquí algunas de las posibles razones: Una. Que, a pesar de que la mayor parte de la financiación de los par-

tidos procede de las instituciones, son ahora mismo «uno de los sectores más opacos de la sociedad», tal y como se fundamenta en el último informe de «Compromiso y Transparencia»⁵. Dos. Tanto si es debido al sistema de listas cerradas y bloqueadas como si se debe a la falta de sosiego que preside la toma de decisiones sobre los liderazgos, éstos acaban siendo elegidos por cooptación, y no por un sistema de sana competencia entre las personas más idóneas para desempeñar la responsabilidad en cuestión. Tres. Por la propia concepción que la sociedad tiene de los partidos y que, en ocasiones, los propios partidos tienen de sí mismos (organizaciones que no deben velar por el interés general, sino por una «fracción» del mismo), la información en torno a las decisiones que se adoptan no acaba de fluir debidamente. De esta forma, las reglas de voto se convierten en arbitrarias, puesto que al no haber información suficiente se reducen las posibilidades de elegir entre una buena y una mala candidatura. Cuatro, si los partidos tuvieran más presencia (no dirección) en los diferentes movimientos sociales, o si lo que sucediese dentro de los partidos resultase de interés para los ciudadanos y, por tanto, trascendiese públicamente, «el partido (su militancia) se convertiría en un vínculo con éstos y en instrumento de «alerta temprana» para sus dirigentes»⁶.

Estas razones, acompañadas de la fundamental, abonan la tesis de la necesidad de cambiar los partidos para que recuperen su función de mediadores.



fórmulas mágicas



PÉRDIDA DE LA FUNCIÓN DE ANTICIPAR EL FUTURO.

«La disposición al desacuerdo, al rechazo o a la disconformidad constituyen la savia de una sociedad abierta»⁷. Así pues, en la formación de la voluntad colectiva resulta imprescindible que haya autocritica. Pero día a día comprobamos que ésta brilla por su ausencia. La rectificación no se estila, y cuando ésta se produce (por lo general, tarde), rara es la ocasión en la que viene acompañada de una clara asunción de responsabilidades y, en su caso, de una dimisión. Ejemplos podría poner decenas, pero citaré sólo tres que hemos conocido recientemente: la histórica relación del presidente gallego con un capo del narcotráfico, la moción de censura en Ponferrada o la intentona de subida salarial en forma de dietas para los cabezas de todos los grupos parlamentarios en el Parlamento de Andalucía. En los tres casos ha habido contradicciones y rectificaciones. En ninguno ha habido asunción de responsabilidades. Y de dimisiones, ¿para qué hablar!

Además, lo apuntaba anteriormente, estamos ante un modelo de partidos en el que se premia la sumisión en un sistema de elección de cargos por cooptación. Y para que este sistema perdure, los partidos han dejado ser relevantes paralos diferentes movimientos sociales, clásicos y nuevos; se evitan los debates y la deliberación abierta; no se incentiva la innovación; y, en consecuencia, se dificulta la ideación de un proyecto de futuro alternativo ante la situación económica que vivimos.

En estas circunstancias, es lógico que «el parcheo» campe a sus anchas, que las medidas coyunturales sean lo habitual y que, en la medida en que se está demasiado pendiente de los medios de comunicación y de la última encuesta, los proyectos a largo plazo no se consideren rentables en términos electorales. Como consecuencia de todo ello, obviamente, la función de anticipar el futuro desaparece.

¿Y CÓMO ARREGLAMOS ESTO?

Hace falta construir mejor democracia, ancladar en la recuperación de sus dos funciones perdidas y en base a cuatro pilares.

Para que la política recupere su función de mediación representativa hacen falta medidas de transparencia y que propicien la

participación democrática. Si vivimos una crisis de confianza, el nuevo contrato sociedad-instituciones debe basarse precisamente en lo que nos puede permitir recuperarla: la transparencia. Y ésta debería traducirse en medidas concretas, como que las cuentas de los partidos y fundaciones políticas se publiquen anualmente en sus webs, que se sometan a auditorías externas y que se publiciten los informes de supervisión que el Tribunal de Cuentas hace de ellas anualmente. Como que se publicite de forma accesible y periódica la evolución de las actividades y bienes de los cargos públicos. O como que se pueda conocer el destino de los dineros públicos que reciba cualquier empresa y se pueda acceder a las declaraciones de bienes y actividades de las y los responsables de las mismas (al menos en las públicas y participadas).

Para que los partidos articulen la participación que les encomienda la Constitución «hacia afuera», primero habrían de practicarla «hacia adentro». Así pues, es el momento de que la jefatura de los partidos se elija mediante el sistema de primarias, se empiece a abrir camino a las listas abiertas y se establezca una frecuencia mayor en la celebración de congresos para dar más oportunidades a la renovación. Es el momento de que searbitren mecanismos de consulta a la militancia y a la sociedad de referencia (simpatizantes, votantes registrados, etc.) de cara a la toma de las decisiones más importantes. Y también es el momento de buscar un

«Parto de la base de que la fórmula (y las medidas que la acompañan), por sí misma, no terminaría de un plumazo con la desafección política. No hay fórmulas mágicas. Pero también creo que, de aplicarse, abriría un camino de cambio en nuestra cultura político-democrática y, sobre todo, serviría para extenderla a otros ámbitos de la sociedad, en los que es tanto o más necesaria aún.»

acuerdo en torno a un sistema electoral más dinámico, con una mejor representatividad del voto y desbloqueando las listas al Congreso y a los Parlamentos Autonómicos. Respecto del Senado, si no se convierten en autonómicas las circunscripciones y no se transforma ya en una Cámara de representación territorial, habría que suprimirlo.

Y para que la política recupere su función de anticipar el futuro, propongo la estimulación del debate crítico y la dación de cuentas, dos prácticas a las que acompañan la aparición de nuevos liderazgos y, sobre todo, de nuevas ideas, algo clave para interpretar las soluciones ante los problemas de una sociedad en evolución vertiginosa. Y es que las estructuras internas de la mayoría de los partidos están demostrándose obsoletas a la hora de canalizar los debates necesarios, de la sociedad hacia los partidos, y en el propio interior de los mismos.

Así pues, para provocar el espíritu crítico, sería bueno evitar los debates que giren en torno a ver quién es capaz de adular más a la dirección del partido (o del gobierno), de forma que sólo se permita intervenir para manifestar los puntos de desacuerdo y discutir sobre ellos, y para aportar nuevas ideas. Como también sería democráticamente saludable poner en marcha un mecanismo que permita la revocación de un cargo en los partidos (y en las instituciones) por mala gestión, incumplimiento de programa o de las promesas que se hicieron para acceder al cargo, permitiendo que un grupo de afiliados (o ciudadanos) que detecte una mala gestión o un incumplimiento pueda provocar la celebración de una consulta interna (o referéndum), recogiendo la firma de un porcentaje significativo de la militancia (o población).

En cuanto a la dación de cuentas, hacer «visibles» para toda la ciudadanía los cargos orgánicos e institucionales de todos los partidos políticos, las responsabilidades concretas que desempeñan y la forma de contactar directamente con ellos sin necesidad de pasar por «filtros», sería un buen paso adelante. También lo sería el hecho de que las y los parlamentarios tuvieran oficinas de atención a pie de calle en sus respectivas circunscripciones electorales. Otro paso adelante en este sentido sería dotar de más medios humanos

y materiales a los Tribunales de Cuentas (y a las comisiones de garantías en los partidos políticos), ampliar su mandato, previa modificación imaginativa de la forma de elección de las y los miembros de los mismos. Como también sería un paso adelante el hecho de que personas ajenas a la institución pudieran formar parte de las Comisiones de Incompatibilidades de los Parlamentos.

Transparencia, participación, debate crítico y dación de cuentas serían los elementos que compondrían la fórmula de una democracia mejor, dispuesta a dotarse nuevamente de sus dos principales funciones.

Parto de la base de que la fórmula (y las medidas que la acompañan), por sí misma, no terminaría de un plumazo con la desafección política. No hay fórmulas mágicas. Pero también creo que, de aplicarse, abriría un camino de cambio en nuestra cultura político-democrática y, sobre todo, serviría para extenderla a otros ámbitos de la sociedad, en los que es tanto o más necesaria aún. Sólo dando ejemplo desde los partidos y desde la actividad pública se podrá empezar a exigir a la actividad privada. Y ése es el objetivo, cambiar la política para cambiar la sociedad. ▽

Óscar Rodríguez Vaz.

Parlamentario vasco 2004-2012. Politólogo. @rvoscar

¹ FERRAJOLI, L., Poderes Salvajes. La crisis de la democracia constitucional. Trotta, Madrid, 2011 (p.58).

² INNERARITY, D., El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política, Paidós, Madrid, 2009 (p.14).

³ VALLESPÍN, F., El futuro de la política, Taurus, Madrid, 2003 (p.12).

⁴ ALONSO, S., KEANE, J., MERKEL, W., The future of representative democracy, Cambridge University Press, New York, 2011 (p.13).

⁵ Informe Transparencia, el mejor eslogan 2012, Fundación Compromiso y Transparencia: <http://www.compromisoytransparencia.com/upload/08/30/InformePartidosPolíticos2012.pdf>

⁶ MARAVALL, J. M^a, Las promesas políticas, Galaxia Gutenberg, Madrid, 2013 (p.55).

⁷ JUDT, T., Algo va mal, Taurus, Madrid, 2010 (p.151).



C.A.F.

Concentración del movimiento 15-M en Bilbao, mayo 2011. Al fondo reza la publicidad: "Innovadores"

La democracia de los indignados también pone ronca la voz¹

Félix Ovejero

Ha pasado el tiempo desde aquel 15 de mayo del 2011 y, como siempre, el aliento se ha ido extinguendo. Seguramente, entre muchos de los que estuvieron en las plazas, el desánimo ha cundido. Suele suceder que cuando no se miden realmente las fuerzas, se transita con facilidad de la euforia a la depresión. Los medios, además, ayudaron mucho. La ilusión de la novedad, de la que se nutren, es una mercancía peligrosa. Conduce a encontrar originalidad, peso y corriente de fondo en lo que es cíclico, estadísticamente irrelevante y circunstancial. Lo mismo da lo genuinamente singular que lo de siempre. Todo se confunde en la fascinación ante el recién llegado. Basta con ver cuántas renovaciones de ideario y terceras vías se han devorado en los últimos tiempos. No menos de dos por año. Como los partidos del siglo en el fútbol. No cabe descartar que los activistas asumieran esa misma perspectiva. Y eso, a la larga, es malo. Uno se cree un superhombre y, cuando descubre que no es más que uno entre tantos, acaba convencido de que es un mierda. A los indignados cierto día les dijeron que habían inventado la pólvora, o al menos el nombre de la pólvora, al añadir una tercera palabra española —junto a «liberalismo» y «guerrilla»— al léxico político internacional, y a los pocos meses descubrieron que los mismos que los habían tratado como genios, no se acordaban del invento ni del inventor. No es un plato de fácil digestión. Lo contó como nadie Billy Wilder en *Sunset Boulevard*.

Pero cuidado, si no hay que creerse el relato del día de los titulares a cuatro columnas tampoco hay que dar por buena la necrológica. Por lo pronto, sí que hubo algo nuevo y fue importante. La novedad, como siempre, lo era sobre el trasfondo de las expectativas. Los mismos medios y sujetos políticos que a diario constataban, no sin complacencia, la escasa capacidad de convocatoria de los sindicatos y daban por muerta la pulsión cívica, tuvieron que recomponer la figura y el tono al ver que el difunto todavía respiraba y levantaba la voz. Muchos derrotados no iban a admitir con naturalidad su condición. Cuando salieron a las calles, su número sorprendió como una suerte de modesta refutación de un diagnóstico repetido mil veces y asumido por muchos como verdad irrefutable: el fin de las ideologías, en este caso, el de las discrepancias. Pero la novedad no era sólo que el muerto estaba vivo. Había algunas más, aunque quizá no las que se destacaron. No está de más entretener algunas notas en algunas singularidades, quizá las más desapercebidas.

1. La bondad de la acción colectiva. El activismo, como tal, no es nuevo. Ni tampoco necesariamente bueno. Hay una favorable disposición hacia los movimientos sociales que, cuando menos, resulta precitada. Los linchamientos, la quema de brujas, las juventudes fascistas o la *kale borroka* también constituyen acciones colectivas. Si uno elogia la participación colectiva en los empeños, sin más mati-

zaciones, debería aprobar cosas como éstas. En todo caso, de procesos de esa naturaleza nos interesan sus condiciones de posibilidad, los requisitos para que surjan. Para aprender. La socialización compartida, los bajos costes de comunicación, el trato frecuente, la confianza, la facilidad para reconocer y penalizar al *free rider* y algunas cosas más facilitan la colaboración entre los protagonistas de los empeños colectivos. La teoría de la acción colectiva, entre otras, se ha ocupado de precisarlas. Una teoría con vocación empírica, que nada nos dice acerca de la bondad o perversidad de los objetivos que se defienden.

2. Los costes de coordinación. La novedad en los mecanismos de coordinación (las redes sociales, los teléfonos móviles), en principio, resulta irrelevante teórica y normativamente. Simplemente facilitan la comunicación, como pudieron hacerlo en su día el telégrafo o el teléfono. Sin duda eso allana en camino para la participación. A veces nos olvidamos de las precarias condiciones en las que se dieron las revoluciones francesa o americana: los representantes de los Estados o las Federaciones viajaban durante días o semanas y, al llegar, se encontraban con imprevistos problemas y respuestas, que nada tenían que ver con los que los convocaron, y sin posibilidad de comunicarse con sus electores. Un mundo inimaginable en estos días en los que cualquiera, desde cualquier parte, puede acceder a los presupuestos generales del Estado y contarle a medio mundo sus descubrimientos o sus ocurrencias. El guión teórico es el de siempre: siempre hay que ponerse de acuerdo. La novedad son las facilidades. Pero la mejora en el medio deja intacta la calidad del mensaje.

3. Los peligros de la red. A lo anterior hay que añadirle una salvaguarda: para bien o para mal, los medios pueden condicionar la calidad del mensaje. Los nuevos medios conceden muchas posibilidades para la transparencia informativa y el control democrático. Permiten acceder a los presupuestos del estado a cualquier ciudadano, acceder a hemerotecas para tasar a sus políticos, asistir en directo a los debates parlamentarios y mil cosas más. Y, sobre todo, pueden hacer llegar a otros como ellos sus apreciaciones o sus informaciones. Pero también tienen sus peligros: la compartimentación entre ciudadanos, que sólo atienden a los de «su peña» e ignoran toda información incompatible con sus ideas, puede hacer imposible la deliberación democrática; el predominio de la consigna, los 140 caracteres del tuit, sobre el razonamiento; la circulación instantánea de informaciones no ponderadas o simplemente falsas, que se confirman por su propia proliferación, puede desatar una catarata de desatinos, sostenidos en el eco de su propia voz.

4. La limpieza democrática del 15-M. Las novedades, al menos en la historia reciente, afectaban al contenido, a su vocación democrática, en los procedimientos y en las reclamaciones. Era una suerte de descontento general a la búsqueda de una cristalización política. Algo que, si se piensa bien, resulta bastante raro, porque es como decir, «a la búsqueda de un contenido». Una circunstancia poco común en las acciones colectivas. El proceso, si se quiere, lo era todo. En eso, se acercaba a las corrientes más renovadoras de la teoría democrática. Me explico. Buena parte de la reflexión contemporánea -acaso la mejor- en filosofía política atañe al cómo decidir. En particular, la justificación epistémica de la democracia deliberativa se ocupa de exponer las condiciones en las que las decisiones mejorarán en su calidad: información pública, exposición contrastada de argumentos, imparcialidad en los criterios, presencia de los afectados, transparencia, etc. No nos dice qué ideas son las mejores, qué distribución es la más justa, cómo debemos hacer frente a esto o aquello, sino cómo hemos de decidir acerca de esas cosas. Es de suponer que, una vez en la mejor democracia, cada cual defenderá sus ideas, dispuesto, eso sí, a corregirlas a la luz de los juicios ajenos. La decisión final, el contenido si se quiere, ya llegará, como resultado del propio proceso deliberativo. En el 15-M esa vocación democrática se tradujo —sobre todo en sus primeros momentos- en una preocupación por la pulcritud de los procedimientos: protocolos explícitos para evitar la manipulación de las asambleas; prevención frente a las portavoces estables; rigor en las agendas de decisión y en la composición del demos; alerta ante los agitadores de oficio, idas y venidas en los procesos de decisión en aras de aumentar los consensos.

Repárese que, en eso, se parece poco a otros movimientos sociales que operan bajo el leninista procedimiento de «la correa de transmisión». Los nacionalismos y muchas religiones son, también en eso, deprimentemente ejemplares. Hay una sola idea, la construcción nacional o la doctrina salvadora, que se pasea por mil organizaciones distintas que, en rigor, no tienen otra función que la de extender aquí y allá el mismo mensaje, modulado, eso sí, a cada circunstancia particular. No pocas veces son los mismos individuos que, en distintos medios, agitan según sus diferentes identidades. Ofician en distintos momentos como padres, abogados, socios de club deportivo, vecinos, etc. Unas pocas personas resuenan como centenares. Después, el mensaje ya diseminado, se vuelve a recuperar y se presenta como una reclamación compartida de «la sociedad civil». El contenido está predeterminado y no es suscepti-

«Estas últimas líneas aspiran a ser una invitación a la autoconciencia crítica, a no ignorar que, como en el poema de Brecht, que «también el odio contra la bajeza desfigura la cara. También la ira contra la injusticia pone ronca la voz». Quizá la mejor lección de la historia del ideal democrático, del que, con sus carencias y limitaciones, también forman parte nuestras democracias, sea una prudente cautela respecto a lo que podemos hacer.»



Atenas, Grecia

ble de discusión. Si acaso, se decora el procedimiento, pero siempre, a sabiendas de cuál tiene que ser el resultado. Exactamente lo contrario de lo que vimos en el 15-M.

5. Los límites de la participación. En la travesía que lleva de los sistemas de decisión a las decisiones, de la democracia a los contenidos, se corría peligro de encallar. Los escollos eran de diversa naturaleza. Algunos afectaban a la posibilidad de perfilar objetivos y propuestas. El acuerdo a la hora de decir que muchas cosas no funcionan no asegura el acuerdo en las propuestas acerca de cómo hacerlas funcionar. Los debates, si no se acotaban, podían dispersarse en infinitos problemas y propuestas. Al final no era raro que surgieran objetivos inconciliables, al modo como años atrás sucedió con el movimiento antiglobalizador, donde convivían agricultores europeos proteccionistas con altermundistas partidarios de abrir los mercados a la producción de los países pobres. Otros problemas derivaban de las reservas a la institucionalización. Las cuestiones clásicas de la democracia, cuántos, quiénes y cómo se decide, son algo más que formalismos. No una constitución o unos estatutos organizativos, pero sí algo que se les parece, al menos en sus funciones, resulta necesario si no se quiere recalcar en el principio de que «quien resiste gana», de que el último que se queda, en pleno acuerdo consigo mismo, acabe por hablar en nombre de todos. Tampoco faltaron problemas derivados de cierta disposición inaugural que conducía a discutirlo todo desde el principio, incluyendo asuntos sobre los que no faltan resultados procedentes de la investigación empírica, no susceptibles de abordarse mediante la participación democrática, o de la experiencia acumulada de unos sistemas democráticos, que se han enfrentado a ellos en más de una ocasión.

6. El sentido de la participación. En las tradiciones democráticas, en particular en las inspiradas en el republicanismo, hay dos miradas acerca de la participación. Dos defensas, si se quiere. Para unos, calificados como

neo-aristotélicos, la participación es un fin en sí mismo. No importa la calidad de las decisiones sino el mismo hecho de decidir, que contribuye a la excelencia humana, a realizar una parte, acaso la mejor, de la naturaleza humana, la condición de animal político. En su versión más actualizada, algunos apelan al ejercicio de autonomía. Para los otros, calificados como «neo-romanos», la participación es un medio para otras cosas, para mejorar la calidad normativa de las decisiones, que cuajarían en leyes justas, que impiden la dominación y el despotismo, la arbitrariedad. En este caso, la democracia sería el mejor medio de proteger la libertad, de impedir la tiranía o un populismo plebiscitario que veta la posibilidad de discrepar.

La distinción puede parecer una pejiquera académica sin mayores implicaciones políticas. Puede que sea así. Pero algunas interpretaciones del 15M invitan a no despacharla con precipitación. Y es que había dos modos de entender el lema de «no nos representan». En sentido estricto ese lema no condena la representación, sino a los representantes. Es más, avala la importancia de la buena representación y, si acaso, lo que defiende es mejorar su calidad: control de los políticos, listas abiertas, transparencia de su gestión, sistemas de elección, etc.

En el otro caso, se condena la idea misma de representación en nombre de una democracia directa, no siempre precisada en su diseño. Esa segunda interpretación supone una visión de la participación, del activismo que, en el mejor de los casos, podría encontrar sus avales en las ideas neo-aristotélicas y, en el peor, en las retóricas comunes a democracias populistas, desprovistas de todo tipo de restricciones, controles constitucionales y separación de poderes. Importaría la participación «directa», no su calidad. Una democracia directa que prescindiera por completo de órganos representativos y que relegara la totalidad de las decisiones legislativas y al menos las más importantes de las ejecutivas directamente al pueblo, que debiera pronunciarse, por ejemplo, a través de votaciones semanales, sería una muestra consumada de esa democracia populista. Todos votando todo el tiempo sobre todo: impuestos, tipos de interés, planes hidrológicos. Las preferencias de cada uno traducidas —si es que eso es posible, pero esa es otra historia— directamente en una voluntad general, sin que medien deliberaciones públicas, ponderación de razones, búsqueda de información.

Quizá las últimas líneas resulten un tanto melancólicas. No quieren serlo. Si acaso, aspiran a ser una invitación a la autoconciencia crítica, a no ignorar que, como en el poema de Brecht, que «también el odio contra la bajeza desfigura la cara. También la ira contra la injusticia pone ronca la voz». Quizá la mejor lección de la historia del ideal democrático, del que, con sus carencias y limitaciones, también forman parte nuestras democracias, sea una prudente cautela respecto a lo que podemos hacer.

Félix Ovejero.

Profesor de sociología. Universidad de Barcelona

¹ Este texto recoge algunas partes adaptadas de la conclusión de Félix Ovejero, ¿Idiotas o ciudadanos? El 15-M y la teoría de la democracia, Montesinos, Barcelona, 2012.

Un ventennio de crisis política.

Los resultados de las elecciones municipales italianas del pasado mayo dieron una muestra más de la dramática crisis política que vive el país transalpino. Jamás la abstención había sido tan alta. En Roma votó solo el 54,3% de los electores. En todo el territorio nacional la media fue del 62,4%. Datos impensables hace algunos años, en un país donde la participación electoral solía rondar el 80%. La alarma sonó ya hace algunos meses. En las elecciones legislativas del pasado mes de febrero la abstención se situó poco debajo del 25% y el Movimiento 5 Estrellas liderado por el excómico genovés Beppe Grillo consiguió el 25,5% de los votos. He aquí un dato que lo explica todo: más de la mitad de los italianos no votaron, votaron en blanco o apostaron por un partido recién formado que hace su estandarte de la crítica a la política y, sobre todo, a los políticos.

DOS PASOS ATRÁS, NINGÚN PASO ADELANTE. Volvamos por un momento al 1992-1994. En aquel bienio la Primera República, nacida de la guerra partisana y del antifascismo, llegaba a su fin. Un fin indigno. No en los campos de batalla, sino en los banquillos de los tribunales. El sistema que había dado una imperfecta estabilidad a Italia durante casi medio siglo y que se fundaba en la repartición de cuotas de poder entre la Democracia Cristiana (DC), el Partido Socialista (PSI), el Partido Comunista (PCI) y algunos pequeños partidos laicos (PLI, PRI, PSDI) se desmoronaba por completo. Los casos de corrupción llenaban las páginas de los periódicos, los políticos se convirtieron en ladrones, los magistrados en héroes. Fueron los años de la que se llamó *Tangentopoli* o "Manos Limpias". Fueron los años gloriosos de Antonio Di Pietro, la bestia negra de Craxi y luego de Berlusconi: *Tonino*, el fiscal de Milán que desató toda la investigación. Lo contó y lo cantó estupendamente el cantautor David Riondino en su inigualable *La ballata del sì e del no*, canción-crónica ganadora del Premio Tenco en 1994, que comenzaba declarando irónicamente el fin de un época: "Era lunedì, si sentì uno schianto / era la DC che stava crollando. / Poi un tonfo poco più lontano, / era Craxi a Milano."

Fueron los años de la nueva ofensiva de la mafia con los atentados de Capaci y Palermo en mayo y julio de 1992, que se cargaron las vidas de los jueces Falcone y Borsellino, respectivamente, y las bombas de 1993 en Florencia, Milán y Roma. Cuando la mafia mata significa que el Estado le está haciendo daño. O que los equilibrios de poder conseguidos están peligrando. Todo se juntaba, se entrelazaba y se yuxtaponía: corrupción, fin del sistema político, mafia, atentados, crisis social y económica. No olvidemos que en 1992 Italia tuvo que abandonar el Sistema Monetario Europeo. Miren *Il Divo*, la película de Paolo Sorrentino. Ahí tienen una buena descripción de todo aquel meollo. Andreotti no consiguió ser elegido presidente de la República. Craxi se autoexilió en Túnez para evitar la prisión. Achille Occhetto cerró la experiencia del PCI y empezó la travesía del desierto de la izquierda italiana perdiendo las elecciones. Los italianos es-

taban hartos de los viejos políticos. Buscaban algo nuevo. Querían un salvador. Creyeron encontrarlo en Berlusconi.

POPULISMOS Y PROBLEMAS ESTRUCTURALES. *Tangentopoli* se percibió como una necesidad, la única manera de regenerar un sistema enfermo y dominado por la corrupción. En verdad, *Tangentopoli* no hizo otra cosa que declarar la muerte definitiva de los partidos políticos como organizaciones territoriales y como instrumentos de comunicación entre dirigentes y base. Y dar alas a los populismos. Es cierto que los partidos habían dejado paulatinamente de ejercer su función y que, por voluntad propia, habían escogido el camino del suicidio. La pérdida de equilibrios regionales entre elites locales y gobierno del Estado y el aumento del clientelismo lo explicó con agudeza antes de la tormenta Sidney Tarrow en su *Tra centro e periferia*, publicado en Italia en 1979.

No nos olvidemos de otra cosa: Italia es una pieza de un puzzle que acabada la Guerra Fría ya no sirve para nada. ¿DC versus PCI en los noventa de la mitificada globalización/occidentalización? 1989 marca un antes y un después. El fin de las ideologías. La victoria del neoliberalismo. Reagan y Thatcher ganaron de goleada. Francis Fukuyama podía escribir *El fin de la Historia y el último hombre*. Pues en este nuevo escenario los partidos representaban lo viejo. Menos Estado y más mercado, citando a la difunta Dama de Hierro.

El multimillonario Berlusconi lo entendió muy bien. La izquierda no se enteró y sigue sin enterarse. Las veces que parece enterarse, es todavía peor. Piénsese en Walter Veltroni. Los partidos desaparecieron. Mejor dicho, la denominación *partido* desapareció del mapa. El posfascista Movimento Sociale Italiano (MSI) se convirtió en Alleanza Nazionale (AN), la DC acabó en mil pedazos con las experiencias del Centro Cristiano Democrático (CDC) y la Margarita, nacieron la berlusconiana Forza Italia y la justicialista Italia dei Valori de Di Pietro, creció exponencialmente la Liga Norte.

Con los partidos desaparecía también el enraizamiento en el territorio y el debate político en las bases. Brotaron *catch-all party*, carteles electorales cada vez más heterogéneos y movimientos cada vez más personalistas. O que, cuando mantenían la estructura de partido, eran igual de populistas y más peligrosos todavía, como la Liga Norte de Umberto Bossi, entre sus delirios de escisión de la Padania y su racismo contra los meridionales y los inmigrantes. La estéril lucha para la reforma de la ley electoral fue otra pieza del mosaico en que un sistema mayoritario imperfecto sustituía el sistema proporcional. Adios, partidos. Bienvenidas, alianzas sin sentido y sin rumbo. Entretanto no se resol-

«¿Cuál será el próximo escenario? ¿Un Amanecer Dorado italiano? ¿Una guerra civil sin bandos? ¿O la llegada de un nuevo Masaniello, el trágico embaucador napolitano del siglo XVII, que nos hará echar de menos a Berlusconi y a Grillo?»



Italia, laboratorio de populismos



vían ni se pensaban resolver los problemas estructurales de un país cuyo *leitmotiv* siempre ha sido quejarse, descargar responsabilidades y postergarlo todo. En una frase: *Piove, governo ladro* (llueve, gobierno ladrón). El protagonismo del Vaticano y la influencia en la política italiana de las jerarquías católicas, el déficit de desarrollo del *Mezzogiorno*, la ausencia de una clase dirigente preparada, la falta de proyectos políticos nacionales a largo plazo..., todo esto se postergaba. Tampoco se hablaba de ello. Silencio absoluto. Lo demás, que ocupaba las primeras páginas de los periódicos y que tenía sentido encarar, como una ley sobre el conflicto de intereses, el persistente problema de la corrupción, el poder fáctico de la criminalidad organizada, la posible introducción del federalismo, etcétera, jamás se encaró con seriedad. Palabras al viento.

ENTRE UN MAGNATE Y UN PAYASO. Veinte años de Segunda República con esas constantes. Con una crisis económica persistente, donde la relación deuda pública/PIB siempre ha estado por encima del 100% y donde el crecimiento del PIB difícilmente ha sobrepasado el 1,5%. A la crisis económica se añadió a partir de otoño de 2008 una crisis global de la cual, después de cinco años, no vemos aún el final. Italia está al borde del abismo, un paso por delante de Grecia y Portugal y en compañía de España. Malas compañías, diría Sabina. En Italia no hubo primavera árabe, ni 15-M. Hubo en 2007 el *Vaffanculo Day* organizado por Beppe Grillo y el fin de cualquier opción de izquierdas después del batacazo del gobierno Prodi. *Ciao ciao*, Rifondazione Comunista. Desde 2008 no se mueve nada. Muerte clínica acertada y confirmada para la izquierda transalpina. Para que se me entienda: Syriza es una utopía y hasta Izquierda Unida es un sueño, en comparación.

En 2009 nació el Movimiento 5 Estrellas fundado por Grillo, quien jamás disimuló su odio por la "casta" política desde que le echaron de la televisión pública a finales de los ochenta, y por un desconocido empresario con pinta de hippie, un pasado de simpatizante de la derecha y buen conocedor de las potencialidades de la web: Gianroberto Casaleggio. Mientras tanto, Berlusconi organizaba bunga-bunga con la supuesta nieta de Mubarak y la troika imponía un gobierno tecnocrático que lo único que supo hacer bien fue subir los impuestos. Parece broma, pero no es nada más que la realidad. ¿Era tan difícil pensar que el hartazgo de los ciudadanos podía desembocar en algo? Grillo huele a fanfarrón y a cantamañanas, pero en algo no se equivoca cuando dice "Si no estuviéramos nosotros, habría violencia en las calles". El desempleo juvenil está por encima del 35%. En febrero el hartazgo se convirtió en un voto de protesta. El M5S fue en el partido más votado, algo impensable hasta unos meses antes, cosechando también muchos votos, apoyos y simpatías de exvotantes, militantes y hasta intelectuales de izquierdas, como Franco Bifo Berardi, Toni Negri y Dario Fo.

En mayo, después de tres meses de crisis institucional con la autodestrucción del Partido Demócrata, la reelección de un Presidente de la República octogenario y la formación de un *governissimo*, el hartazgo se ha convertido en abstención, que ha pasado del 24,8% al 37,6%. El M5S ha perdido 63 de cada cien votos de febrero. No es poco. La responsabilidad la tiene el mismo Grillo, incapaz de hacer algo que vaya más allá del insulto, y también los 163 diputados del M5S que han demostrado estar absolutamente impreparados y sometidos a los *diktat* de su líder. Ahora bien, ¿cuál será el próximo escenario? ¿Un Amanecer Dorado italiano? ¿Una guerra civil sin bandos? ¿O la llegada de un nuevo Masaniello, el trágico embaucador napolitano del siglo XVII, que nos hará echar de menos a Berlusconi y a Grillo? ▽

Para saber más:

- Sidney Tarrow, *Tra centro e periferia. Il ruolo degli amministratori locali in Italia e in Francia*, Bologna, Il Mulino, 1979;
- Giuseppe Cantarano, *L'antipolitica. Viaggio nell'Italia del disincanto*, Roma, Donzelli, 2000;
- Carlo Carboni, *La società cinica. Le classi dirigenti italiane nell'epoca dell'antipolitica*, Roma, Laterza, 2008;
- Ilvo Diamanti, *Mappe dell'Italia politica. Bianco, rosso, verde, azzurro e... tricolore*, Bologna, Il Mulino, 2009;
- Giuliano Santoro, *Un Grillo qualunque. Il Movimento 5 Stelle e il populismo digitale nella crisi dei partiti italiani*, Roma, Castelvecchi, 2012;
- Piergiorgio Corbetta, Elisabetta Gualmini, *Il partito di Grillo*, Bologna, Il Mulino, 2012;
- Roberto Biorcio, Paolo Natale, *Politica a 5 stelle. Idee, storia e strategie del movimento di Grillo*, Milán, Feltrinelli, 2013;
- Wu Ming, "Perché "tifiemo rivolta" nel Movimento 5 Stelle", 27 de febrero de 2013 [consultable en <http://www.wumingfoundation.com/giap/?p=12038>, donde se encuentra un debate muy interesante sobre el M5S desde posiciones de izquierdas].

Eugenio del Río

Entre las facetas más controvertidas del 15-M figura su actitud hacia la política.

(...) El 15-M ha puesto el dedo en llagas bien visibles del sistema político español. Pero en los mensajes emitidos en el ámbito del 15-M hallamos aspectos más problemáticos. Esto ocurre con ciertas generalizaciones que han ido ganando fuerza –aunque no se puede presumir que son compartidas por todas las personas identificadas con el 15-M– muchas veces en forma de lemas o consignas, como: «No nos representan», «PSOE y PP la misma mierda es. PPSOE», «Le llaman democracia y no lo es», «No es democracia; es partitocracia». Quienes han sido elegidos para puestos de representación deberían tomar nota de las insatisfacciones existentes respecto a su forma de representar a su electorado. (...)

Así y todo, la descalificación absoluta de todos cuantos han sido elegidos para representar a la sociedad en las instituciones plantea algunos problemas. Aunque nos irriten los parecidos entre muchos de los políticos, no es realista ni justo afirmar que todos son iguales. Las políticas puestas en práctica por el PP al llegar al Gobierno, en noviembre de 2011, muestran, con todo, que PP y PSOE no son idénticos.

La democracia española es deficiente en diversos aspectos y sus males se han puesto de manifiesto en los últimos años de forma especialmente llamativa al quedar patentes sus servidumbres hacia los poderes financieros interiores e internacionales. Pero quien ha conocido una dictadura sabe que ambas cosas no son iguales; resulta excesivo aquello de *le llaman democracia y no lo es*.

El nombre mismo de *¡Democracia real, ya!* sugiere que la democracia actual es irreal. No que sea defectuosa sino que no es realmente democracia y que se precisa otra que sea real. Esto va más lejos que las concreciones programáticas (defensa de la proporcionalidad electoral, acción contra los desahucios, o contra los recortes en la enseñanza...) que han venido apareciendo, y que están dirigidas a complementar o a enmendar la democracia liberal actual en algunos aspectos.

El rechazo indiscriminado de *los políticos, los partidos* (con frecuencia, con especial énfasis, también de *los sindicatos*), no conduce a realizar las correcciones necesarias

del régimen político sino a facilitar el desembarco de nuevas fuerzas demagógicas, poco fiables desde un punto de vista democrático, los partidos que se ha dado en llamar *populistas*, que tratan de conectar con el descontento social halagando los sentimientos primarios y las actitudes irracionales, y que amenazan con conseguir que una parte del electorado de izquierda se desgaje a favor de opciones que se presentan como alternativas a *los políticos*.

Llama la atención, en los ambientes del 15-M, la subestimación del ámbito de las mediaciones –cuando no la aversión hacia ellas– en la organización política estatal. Las mediaciones políticas, sin embargo, son inexcusablemente necesarias, más aún en las sociedades modernas y de gran escala, como la nuestra, altamente tecnificadas y con unos problemas de gestión sumamente complejos.

Las características de las mediaciones (partidos, representantes electos...) dependen del nivel cultural de la sociedad, de la implicación de la población en las redes asociativas, de su voluntad de intervenir en la vida pública, de las vías de participación abiertas por el desarrollo de las técnicas de la información y de la comunicación. Y también, obviamente, de los cauces establecidos para hacer posible la participación y para estimularla.

Los cambios de la sociedad demandan, y hacen posible, transformaciones en la esfera de las mediaciones. Pero estas son siempre necesarias. Las mediaciones son imprescindibles no sólo para gestionar los asuntos públicos sino también para permitir la formación de voluntades políticas en la sociedad y para la toma de decisiones. Ambas cosas son el resultado, o deben serlo, de sucesivos



«Es chocante la hostilidad que el mundo político oficial muestra hacia los sectores antisistema cuando son ellos los que, desde su torre de marfil, están expulsando a mucha gente todos los días. Los partidos y las instituciones políticas tienen el deber de escuchar. Harían bien en tener en cuenta las voces que suben de la calle y en esforzarse por dialogar con quienes expresan sus críticas y su descontento fuera del Parlamento.»

frente a las urnas?¹



"Aunque nos irriten los parecidos entre muchos de los políticos..."

movimientos de ida y vuelta en los que se opera un diálogo entre instituciones y sociedad. Es ineludible que haya personas y organismos mediadores, encargados de la esfera política institucional. Las personas que están al frente de esos organismos no son elegidas en las dictaduras; en las democracias liberales, sí. No es una diferencia insignificante.

Oponer, por lo demás, la *democracia representativa* a la *democracia directa*, como se escucha con frecuencia, carece de sentido. Dado que una democracia estrictamente directa es un ente ni siquiera imaginable (toda la gente no puede estar todo el tiempo resolviendo todos los problemas.), de lo que se está hablando es de

procedimientos democráticos directos o semi-directos (los referendos, especialmente), que, por su propia naturaleza, no son aplicables de manera muy continuada ni abarcar el conjunto de las decisiones políticas. Ciertamente, las trabas para recurrir al referéndum en el sistema político español son demasiado grandes. Sería deseable un mayor recurso a las vías de democracia directa o semi-directa, para contribuir a impulsar la participación popular y para vivificar un régimen político necesitado de una mayor apertura a la sociedad.

Por otro lado, en los lemas que han proliferado se advierte una contraposición extrema entre la política oficial y la sociedad, entre la *democracia de las urnas* y la *democracia de la calle*.

En las izquierdas alternativas se ha oscilado usualmente entre dos concepciones diferentes, aunque muchas veces ambas cosas han coexistido sin mayores dificultades.

De una parte, una visión exageradamente crítica con la *sociedad*, así, en su conjunto, quizá porque las mayorías sociales no se suman a tales o cuales afanes de esas izquierdas o porque, según sus preferencias, *votan mal*.

De otra parte, una mitificación de la *sociedad*, o del *pueblo*, y de *lo social* frente a la *política* y los *políticos*. Es como si política y sociedad fueran dos universos enteramente separados e independientes, siendo los *políticos* responsables de unas situaciones desgraciadas en las que la *sociedad* no tiene ninguna responsabilidad. La sociedad se convierte en un espejismo, en una entidad ilusoria, etérea, en la que no es posible percibir lastres importantes. Si bien es cierto que la apología del sistema político se sostiene sobre un sinfín de ilusiones y ficciones, la defensa de «la calle» y de sus movimientos como una entidad no contaminada vive de sus propios espejismos.

De acuerdo con ese punto de vista, los problemas no están en la sociedad sino en los *políticos*, hasta el punto de rescatar una consigna que se ha solidado emplear para combatir las dictaduras: *Abajo el régimen, arriba el pueblo*, como si los políticos fueran una categoría homogénea y plenamente rechazable y como si la *calle* fuera la encarnación, también homogénea, de los mejores valores.

Además, cuando se invoca la *democracia de la calle* (las manifestaciones) frente a la *democracia de las urnas* se está pretendiendo que tienen más valor las opiniones y exigencias de las minorías que se manifiestan (aunque sea masivamente), una especie de *voto de calidad*, que las opiniones de las mayorías sociales cuando votan.

En Europa, hace mucho que los grandes partidos de izquierda han desertado la calle y se han refugiado en las urnas. Pero harían bien, tanto ellos como las instituciones salidas de las urnas, en prestar mayor atención a las manifestaciones masivas. El ejercicio del sufragio no es la única forma de hacer valer las demandas sociales. El voto es necesario pero también lo es que la política no permanezca encerrada entre las paredes de los parlamentos y de los gobiernos.

Es chocante la hostilidad que el mundo político oficial muestra hacia los sectores *antisistema* cuando son ellos los que, desde su torre de marfil, están expulsando a mucha gente todos los días.

Los partidos y las instituciones políticas tienen el *deber de escuchar*. Harían bien en tener en cuenta las voces que *suben* de la calle y en esforzarse por dialogar con quienes expresan sus críticas y su descontento fuera del Parlamento. ▽

¹ Este texto, centrado en el primer año del 15M, recoge casi en su totalidad un capítulo del libro de Eugenio del Río, "De la indignación de ayer a la de hoy. Transformaciones ideológicas en la izquierda alternativa en el último siglo en Europa occidental" (Madrid, Talasa, 2012).

I.- ORÍGENES Y CARACTERIZACIÓN. Lo que nació hace dos años, lo hizo con hechuras de estabilidad, con voluntad y probabilidades de asentarse y crecer en el futuro. Pero, ¿lo que nace es un movimiento social? Sí, lo es por diferentes razones: la opción por situarse fuera de los valores y conductas dominantes del sistema y como consecuencia, aunque a veces inconsciente, el desarrollo de una identidad colectiva; la pretensión de permanencia; la organización alternativa horizontal, medios de acción no convencionales y estrategia básicamente confrontativa; el rechazo a entrar en los juegos y vías políticas convencionales.

Todos los contextos del momento estaban muy favorablemente orientados a impulsar y aún provocar el nacimiento del movimiento. Si nos fijamos en el *contexto político*, se observa cómo diversas situaciones, coyunturas y aún estructuras más estables, estaban trabajando a favor del movimiento. Sin ánimo exhaustivo podríamos apuntar:

- Un régimen político rígido con tendencias autoritarias, poco proclive a atender y mucho menos a asumir las reivindicaciones sociales.

- Un conjunto de fuerzas políticas en el poder en las que no se hayan presentes formaciones de izquierda que pueden protagonizar determinadas reivindicaciones sociales.

- Unas políticas públicas en el terreno de las prestaciones sociales directamente provocadoras.

- Un crisis económica defendida por el poder político que se percibe como insoportable.

También la cultura dominante estaba «ajustada» al discurso del movimiento. El discurso del movimiento de «estamos hartos de todo», «todo debe ser cambiado», se presentó como una natural prolongación del marco discursivo social dominante. Extensos sectores de la sociedad estaban –y están– interpretando los acontecimientos de forma que podríamos denominar, aún exagerando el término, como radical.

Desde el punto de vista de *los recursos* humanos preexistentes, el movimiento contó desde el primer momento con un conjunto de redes, organizaciones, grupos, que aportan al movimiento experiencia organizativa y «movimentista».

Desde otra perspectiva, esta confluencia de diversos ha generado un proceso de construcción de identidad colectiva difícil pero potencialmente muy positiva. Difícil en cuanto que existen distintas «familias» en el seno del movimiento, pero enriquecedora en la medida en que el resultado final del proceso puede hacer aparecer una identidad densa, extensa y global en su visión colectiva del mundo.

A diferencia de otros movimientos, en el supuesto del 15-M el sentimiento colectivo de estar hartos de una deter-

minada situación, se asienta más que en otros movimientos en una **objetiva agravación del contexto**. La gente decide que la situación es insoportable y que, por tanto, hay que movilizarse porque la situación objetivamente ha dado un salto sustancial hacia la injusticia, la precarización, la desesperanza, etc. Esto daría en principio más solidez a la convicción de que es necesaria la respuesta.

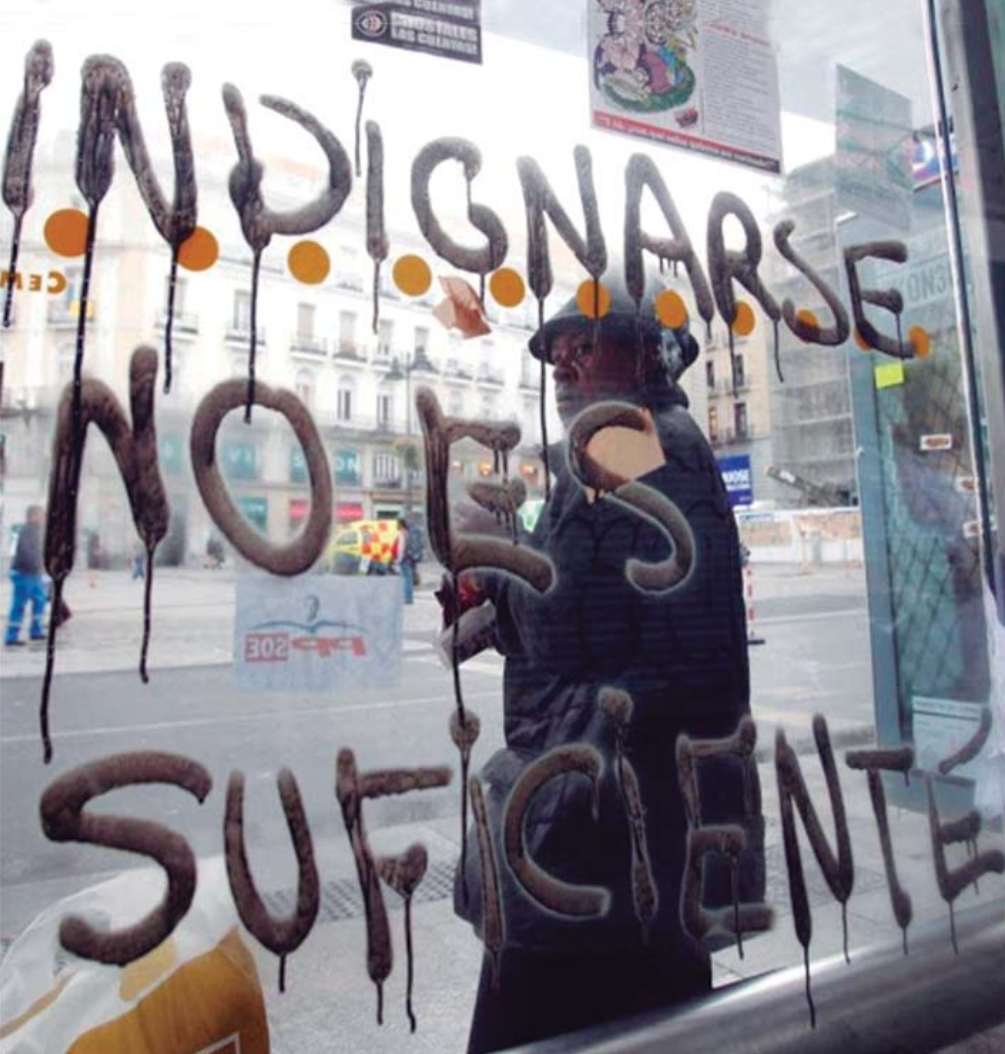
Como en otros movimientos sociales, el movimiento 15-M afirma la diferencia en su estado naciente. Se sitúa fuera del sistema de valores, prácticas, etc., convencional y dominante. Ello establece adecuadas condiciones para construir una identidad colectiva fuerte.

En el 15-M, al menos en sus primeros momentos, la presencia de ciudadanos/as sin previa experiencia en redes sociales ha sido determinante. Y en este punto sí se aprecia diferencia con otros movimientos. Esa experiencia desbordó a los primeros intentos de encauzar el movimiento por parte de los miembros de redes sociales pre-existentes. Esa presencia tuvo consecuencias positivas como la ampliación y extensión original del movimiento, y el evitar las tentaciones por parte de algunos «viejos activistas» de montar sus movimientos en el movimiento, o de imponer la orientación del mismo a imagen y semejanza de sus particulares movimientos.

La relación entre lo particular y lo universal *también ha sido diferente si la comparamos con otros movimientos*. En otros movimientos, el proceso ha sido de lo particular, de las reivindicaciones específicas, a lo universal, al establecimiento de un modelo de transformación completo.

Por el contrario, en el 15-M el arranque es la afirmación de lo universal: *estamos hartos de todo, queremos cambiar todo y queremos cambiarlo ya*. Sin embargo, en la práctica, estas afirmaciones, muy genéricas por otro lado, están expresándose, concretándose, en reivindicaciones específicas y, por tanto, limitadas. En otros movimientos, el universal es algo elaborado, reflexivo. En el 15-M es algo intuitivo. Es presentir que la crisis global se haya situada en todos los espacios y que, por tanto, ya no es posible resolver este desaliento universal a través de concretas reivindicaciones. Si en otros movimientos la dificultad de implementar en reivindicaciones específicas esa visión global se ha debido a razones operativas estratégicas, en el caso del 15-M puede disolverse esa intuición original por imposibilidad de establecer y articular un conjunto de reivindicaciones que reflejen, expresen esa mirada global.

«En Madrid y otra ciudades de España resultó exitoso el origen y desarrollo posterior del movimiento porque entraron en el mismo todo y todos los que ya se movían, y todos los que de pronto descubrieron la emoción de moverse. En Euskadi, aunque los primeros momentos fueron de amplia participación, desde el inicio quedó claro que un buen número de redes y grupos que protagonizaban y protagonizan la movilización social, no tenían ningún interés en incorporarse al movimiento.»



II.- EVOLUCIÓN Y RIESGOS. La evolución del 15M en los dos últimos años plantea algunos retos al movimiento. Retos que probablemente no fuesen previsibles en su origen.

El 15M se ha ido progresivamente transformando en un espacio de confrontación. En un espacio en el que distintos grupos –los grupos de barrios del movimiento, las mareas blancas y verde, lo anti-deshaucios, los ocupadores y cercadores, etc.– forman una red. La red/movimiento 15M, o también la familia del movimiento 15M. Es cierto que cada grupo tiene bastante autonomía en el cómo, cuándo y dónde de sus reivindicaciones, pero también lo es el que comparten una identidad colectiva. Un estar en –y actuar desde– la sociedad marcado por una cultura (o al menos un estilo) propio. Aquel que por un lado afirma un radical protagonismo colectivo del movimiento en la gestión de sus decisiones y en la formulación y demanda de las mismas, y por otro un profundo desprecio hacia los representantes políticos en general y –más matizadamente– hacia el sistema de representación política en particular

Sin duda este escenario parece extremadamente positivo. El movimiento ha construido una identidad colectiva no sectaria, inclusiva y además operativa. Ha conseguido que muchos distintos se sientan participando en «algo» común. Y el movimiento ha logrado equilibrar determinadas exigencias específicas sin abandonar, aunque solo sea a nivel de discurso, su horizonte más universal, su concepción –o al menos intuición– antisistémica.

Este escenario presenta sin embargo, algunos riesgos. El que en aras de la supuesta eficacia los grupos entiendan que solo tiene sentido luchar por sus específicas reivindi-

caciones, buscando para ello caminos más convencionales. De la autonomía relativa a salirse de la familia/movimiento. El otro es un «clásico». Nuevamente en aras al logro de la eficacia perdida, transformarse en un partido político convencional (espero que no prospere).

III.- Y EUSKADI. En Euskadi los riesgos a evitar para el 15M son distintos. Se trata de no desaparecer. El movimiento nace con fuerza pero se va debilitando rápidamente. Hasta llegar a la situación actual, en la que, aun manteniendo una no despreciable capacidad de convocatoria a manifestaciones generales, la vida de sus grupos es muy limitada y precaria. Apunto algunas causas de esta marginación.

En Madrid y otra ciudades de España resultó exitoso el origen y desarrollo posterior del movimiento porque entraron en el mismo **todo y todos los que ya se movían, y todos lo que de pronto descubrieron la emoción de moverse.** En Euskadi, aunque los primeros momentos fueron de amplia participación, desde el inicio que-

dó claro que un buen número de redes y grupos que protagonizaban y protagonizan en este país la movilización social, no tenían ningún interés en incorporarse al movimiento. La ausencia en el 15M de las redes sociales y movimientos de la órbita de la Izquierda Abertzale fue evidente desde el principio. Por supuesto que existe vida de agitación social más allá de la IA, pero también es verdad que sin el apoyo y la presencia de sus movimientos en la acción colectiva, ésta siempre tiende a rozar la marginalidad.

Añadido a ello, muchos participante iniciales, en su mayoría «novatos» en estas lides, sufrieron demasiado pronto el desencanto. Quizás nadie les explicó que un movimiento social tarda años en obtener algo concreto, medible. Ciertas reivindicaciones como la educativa y sanitaria que en otras ciudades flanqueaban al movimiento y le daban vida, no perdieron en Euskadi sus exclusivas sindicales precedentes. Las asambleas 15M de los barrios perdieron capacidad de asumir reivindicaciones locales y no tuvieron fuerza para coordinar acciones más generales. La cobertura mediática desapareció. El 15M no causaba problemas. Y partidos de derechas y de izquierdas o los ignoraban o no manifestaban interés frente un grupo de gente, a lo mejor muy maja, pero decididamente escasa.

Finalmente el sistema de partidos vascos y sus definiciones y prácticas estratégicas –especialmente tras la legalización de la IA–, la cultura política dominante, y el menor nivel de corrupción política existente, hacen más difícil el arraigo de consignas de rechazo genérico a lo político. Por lo que parece las posiciones políticas antisistémicas ya están ocupadas por otros. ▽

POLÍTICA PARA APOLÍTICOS

Contra la dimisión de los ciudadanos

J. M. Vallés y X. Ballart (ed.)



LOS ORÍGENES DEL PODER, LA PROSPERIDAD Y LA POBREZA

POR QUÉ FRACASAN LOS PAÍSES

DARON ACEMOGLU

JAMES A. ROBINSON



José María Maravall
Las promesas políticas



Galaxia Gutenberg
Cataluña de Zaragoza



FÉLIX OVEJERO LUCAS

¿IDIOTAS O CIUDADANOS?

El 15-M y la teoría de la democracia

Transparencia, el mejor eslogan

¿Cómo de transparente es el gobierno de los políticos?



Ediciones Comarques
Impremat

Libros ante la desafección política

Josep M^a Vallés y Xavier Ballart (coord.), *Política para apolíticos. Contra la dimisión de los ciudadanos*. Madrid, Ariel, 2012.

¿A qué se debe el creciente divorcio entre ciudadanos y partidos? ¿Sobran políticos y faltan expertos? ¿Representan los políticos a quienes dicen representar? ¿Viviríamos mejor sin política? ¿Podrá Internet resolver los males de la política democrática? Son apenas cinco de las decenas de preguntas que tratan de responder diez profesores universitarios en una serie encadenada de mini-ensayos. Algunas de las respuestas pueden causar una sensación decepcionante – «vaya, eso también se me había ocurrido a mí», pensará el lector en más de una ocasión –, pero es que muchas veces se trata sencillamente de aplicar el sentido común en clave de progreso al conocimiento de la realidad socio-política que nos está tocando vivir.

Daron Acemoglu y James Robinson, *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, Barcelona-Deusto, 2012.

Dice más de un Nobel de Economía que a esta obra le ocurrirá dentro de dos siglos lo que hoy ya le ocurre a *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, que es considerado un clásico imperecedero. Poco más se puede añadir, salvo que, entre otros muchos conceptos, Acemoglu y Robinson acuñan y desarrollan el significado del término «élites extractivas», del que tanto se oye hablar y del que oiremos hablar más aún en el futuro cercano.

José M^a Maravall, *Las promesas políticas*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2013.

A partir de una ingente cantidad de datos sobre las democracias parlamentarias – de elaboración propia y procedentes del «Manifesto Project» –, y con un estilo directo, el autor describe las principales características de las democracias y las defiende como sistema válido, tras un preciso enunciado de los problemas que les acechan. Desde una perspectiva progresista, analiza también las oscilaciones de los principales partidos de Occidente desde 1945 hasta nuestros días... ¡algunas de ellas marean! Imprescindible.

Félix Ovejero, *Idiotas o ciudadanos?. El 15-M y la teoría de la democracia*, Barcelona, Montesinos, 2013.

De muy reciente publicación, en sus primeras páginas anuncia que no es un libro para la indiferencia: «nuestros sistemas democráticos amplifican los problemas, penalizan a los políticos que traen noticias desagradables y reclaman cambios en los comportamientos ciudadanos premiando a los que los aplazan y fantasean. La pregunta es si cabe otra idea de democracia capaz de abordar los problemas sin ignorar la voz de unos ciudadanos que no son santos ni sabios».

Esther Barrio, Javier Martín y Beatriz C. Martisi, *Transparencia, el mejor eslogan 2012*, Madrid, Fundación Compromiso y Transparencia., 2013.

Ninguno de los partidos con responsabilidades de gobierno presenta en su página web información relativa al grado de cumplimiento de sus promesas electorales; ningún partido analizado publica en su página web el informe que les remite el Tribunal de Cuentas anualmente; cualquier gran ONG tuvo por sí sola más ingresos por socios que los 37 partidos juntos en 2007. Tres titulares para recomendar la lectura de este ameno y clarificador informe.

O.R.V.